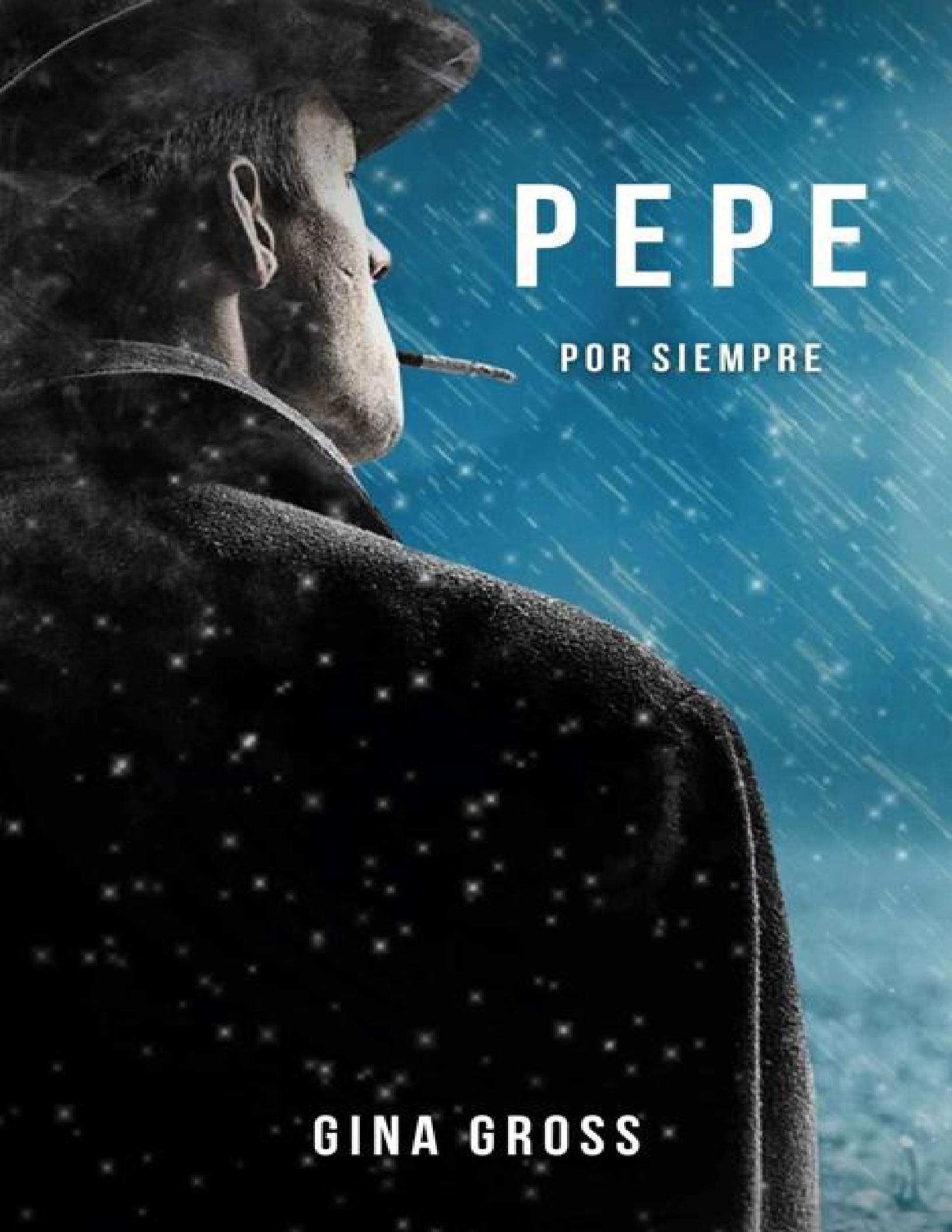


A man wearing a dark hat and a dark poncho is shown in profile, looking upwards at a night sky filled with stars. A cigarette is held in his mouth. The background is a deep blue sky with many white stars.

# PEPE

POR SIEMPRE

GINA GROSS

**PEPE**

**Por Siempre**

## TABLA DE CONTENIDO

|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| DEDICATORIA.....              | 4   |
| FUNERAL.....                  | 5   |
| ME CONTARON.....              | 8   |
| RECUERDOS.....                | 12  |
| HUELLAS.....                  | 20  |
| SAN GABRIEL.....              | 26  |
| CAUTIVADO.....                | 32  |
| CONTIGO SÍ.....               | 40  |
| CAMPAMENTOS.....              | 44  |
| EL MAGO.....                  | 56  |
| TULCÁN.....                   | 62  |
| QUITO.....                    | 66  |
| PAPÁ.....                     | 72  |
| EMPRENDIENDO.....             | 76  |
| CLASES.....                   | 84  |
| MAMÁ.....                     | 88  |
| VIAJES.....                   | 92  |
| EL CLUB DE LOS MIÉRCOLES..... | 116 |
| AQUÍ Y AHORA.....             | 122 |

A mis adorados padres, con el  
amor de siempre.

## FUNERAL

Era una tarde serena,  
el viento apenas soplaba,  
las hojas no se movían,  
ni los pájaros trinaban.  
Sólo el sonido de un casco  
acompañaba una marcha,  
con pisada de tres hombres  
que, hacia el pueblo se encamina.  
Oyese el son de campanas,  
que a la gente reunía,  
para dar el último adiós

a quien por amor yacía.  
Su padre se mantenía sereno  
Pero en señal de su dolor  
Estrujaba su sombrero

José Gross Godoy

## **ME CONTARON**

En una enorme casa con tres patios, que pertenecía a la tía abuela Josefina, vi por primera vez la claridad del cielo y por primera vez lancé mi primer quejido. La comadrona que había atendido a mi madre hizo muy bien su trabajo. Todos estaban admirados, al ver lo robusto y sano que era. Hasta lindo, guapo y colorado, me decían.

Cuando cumplí los tres meses fuimos a vivir en la Hacienda de San Sebastián de Carretas, en

Calderón, de mi abuela Doña Rita Negrete. Esta hacienda se hallaba situada en el campo, donde compartíamos con familias indígenas. No había luz eléctrica, ni agua potable ni alcantarillado. Por lo tanto, para utilizar un baño había que ir a campo traviesa y a escondidas para llegar a uno.

La hacienda tenía 6 dormitorios, una cocina inmensa y oscura, que no tenía ventanas, sólo un hueco para que salga el humo y como su principal adorno, un horno de pan de leña. No teníamos sala sólo un corredor grande. Pero lo que sí teníamos era el más hermoso jardín de los alrededores. Al verlo se llenaba el espíritu de paz y alegría con sus coloridas flores y árboles frutales. Por detrás había un huerto bien provisto de legumbres y verduras. En la parte delantera de la casa, en la entrada principal había una pequeña laguna con patos y güillegüilles. Esta laguna, además de un bello adorno, servía para que los animales de los indígenas saciaran su sed ya que Calderón era muy seco. Estos animales podían ir a beber agua cuando lo necesitaran y por esto, se les cobraba yanapa (1 día gratis de trabajo al mes).

Mi padre, José Antonio Gross, nació del matrimonio de Rita Negrete y Joseph Anthon Gross, de nacionalidad alemana. Era muy preparado y talentoso; además de tener un corazón gigante.

Siempre trataba de ayudar a los demás y, como una de las necesidades imperiosas que los indígenas tenían, era principalmente el no tener agua; pues mi padre José Antonio, se prometió a sí mismo que para el nacimiento de su primera hija, Teresita, habría agua potable en Calderón.

El luchó y luchó, organizando hombres, delegándoles funciones y turnos para traer el agua por medio de tubos desde Cotocollao, un barrio de Quito, hacia el pueblo de Calderón.

Por tanto, se realizó un gran festejo cuando se instaló el primer grifo de agua en una hacienda vecina. Con plata y persona lo logró, pero no para el nacimiento de Teresita sino de su segundo hijo, yo, José Antonio, a quien todos me llaman Pepe.

## **RECUERDOS**

Otra maravillosa acción que realizó mi generoso padre, José Antonio, fue el crear una escuela, en nuestra hacienda. Allí estudiábamos con mis hermanos Tere, Polo, Glorita y mi primo Iván; además nuestros compañeros de aula eran los hijos de los campesinos; lógicamente que papá corría con todos los gastos.

Una tarde, luego de clases, nos pusimos a jugar a “chullas y bandidos”. Polo, Iván y yo éramos

chullas y el resto de los niños eran los bandidos. Así entre corridas y enlazadas, íbamos capturando uno a uno a los que representaban a los bandidos delincuentes y los sentábamos en el granero. Cuando capturamos a todos practicamos a hacer nudos flojos y logramos unirlos en un círculo de manera que se sentaban topándose espalda con espalda. Les dimos 10 minutos para soltarse y que queden en libertad. Salimos del granero para dejarlos tranquilos. En eso nuestra nana nos encontró y nos retó, porque no habíamos ido rápido a merendar. Luego en casa mamá nos retó nuevamente porque no habíamos ido directo de la escuela.

Nos sentamos a comer todos, como la gran familia que éramos. Compartíamos siempre con mis padres y los hermanos de mamá, bromeando y riendo mucho. En medio de una broma de mi tío Lolito, entraron los trabajadores de la hacienda, llorando llenos de angustia. – ¿Qué sucede? – les preguntó mi padre.

-Ay patrón, estamos muy preocupados porque nuestros guaguas no han vuelto a la casa y no sabemos que les ha pasado. – contestaron afligidos

- ¡No puede ser! – exclamamos Polo y yo aterrados. – Nos olvidamos de que los dejamos amarrados en el troje – Gritó Polo

Corrimos hacia allá seguidos de todos los padres, incluyendo los nuestros. Al llegar los encontramos ya desatándose.

– Vea usted, niño Pepe, yo ya pude zafarme, y le estoy ayudando a mi hermano-

Todos nos quedaron viendo con ira. Los padres se llevaron a sus hijos y papá nos castigó severamente. Nunca más jugamos a “Chullas y bandidos”.

Como lo mencioné antes un recuerdo hermoso de mi infancia es que siempre estábamos rodeados de una familia muy grande. Mis tías Elina y Charito eran sumamente buenas y muy queridas. Y, con mis tíos Lizardo, Lolito, Neptaly, Salomón y Genaro compartíamos juegos, risas y diversión; era una vida muy amena. Nunca estábamos solos, incluso casi siempre estaba presente, Norma, la niña que fue luego mi esposa. Ella era pequeñita muy dulce y muy linda. Andaba siempre detrás de mí y me gustaba mucho, aunque como éramos niños yo no me daba cuenta de eso. Mi papá la llamaba “Mi nuerita”; la quería mucho y siempre nos embromaba diciendo que cuando seamos grandes nos casaríamos. Yo siempre pensé que así sucedería, y al final, sucedió.

### Mi familia

seguía fielmente las tradiciones ecuatorianas, entre ellas Finados. Y mi mamá, Celina, nos preparaba una deliciosa colada morada y guaguas de pan. Nos servíamos gustosos y luego

íbamos a jugar cocos y perinolas. Otra tradición era en Semana Santa, cuando nos servíamos la Fanesca. La cual mamá preparaba como nadie; con sus doce granos, que representaban a los doce apóstoles.

Papá tenía un perro habano que se llamaba Whiskey, el cual era querido por todos; nos gustaba mucho jugar con él en los jardines. Era especial y muy inteligente. Los indígenas se hacían cargo de cuidarle a Whiskey, porque en ese tiempo se veía mal que los patrones se dediquen a eso. Sin embargo, a Norma no le importaba y corría a abrazarlo y me llamaba para que yo le diera de comer a Whiskey. Yo me hacía el que no la escuchaba y ella me gritaba: “Pepeeeee, Pepeeeee!” Entonces yo corría y hacía lo que me pedía.

Nuestras vacaciones eran desde comienzos de Julio hasta el 4 de octubre, que era el Cordonazo de San Francisco. Pasábamos en la hacienda con todos mis hermanos, primos y vecinos. Papá nos enseñaba a jugar cartas y trucos de magia. También nos llevaba al bosque a cortar ramas de eucalipto para que crezcan mejor los árboles; y hacíamos cabañas con esas ramas. Nos divertíamos jugando al trompo con mi papá, mi hermano Polo y mi tío Lizardo, y hacíamos competencias con mis primos y nosotros casi siempre les ganábamos.

Como vivíamos apartados en el campo, no teníamos donde estudiar y al terminar la escuelita de la hacienda nos matricularon en el Colegio Eugenio Espejo de varones a Polo y a mí, en cambio a Tere le tocó ir a un internado de las Marianitas. Pero como esos institutos estaban ubicados en Quito, tuvimos que ir a vivir con nuestra abuelita Hortensia. Extrañábamos a mis padres, a mis hermanas y a mis tíos, pero lo bueno era cuando llegaban los fines de semana y corríamos a la hacienda, para disfrutar de la familia y del aire campestre.

Durante el resto de la semana, éramos muy estudiosos y nuestra vida giraba en torno a la escuela. Los profesores sentían mucho afecto por nosotros, ya que nos consideraban muy buenos alumnos. Todos demostraban alegría cuando nos veían, pero el que no se sentía tan feliz era el portero, ya que tenía que abrir la puerta de la escuela a una hora muy temprana. Siempre dos niños llegaban muy puntuales a tocar la puerta. Que no dejan dormir, se quejaba, y le llamaron a mi padre a reclamar. Es que Polo y yo teníamos la costumbre de levantarnos como a las 5:30 de la mañana, nos duchábamos y nos alistábamos, con nuestro uniforme impecable; apenas desayunábamos y estábamos a las 6:00 en la puerta de la escuela. Y, como ésta se encontraba cerrada llamábamos insistentemente, por lo que el portero nos abría la puerta con cara de pocos amigos. Yo desde niño era muy madrugador.

En Navidad teníamos 15 días de vacaciones. Se elaboraba el Nacimiento, y se llamaba a todos los niños campesinos para que recen y canten todas las noches durante la Novena. En la cena

comíamos pavo, pristiños, buñuelos; cantábamos villancicos. No había regalos. Mi primer regalo de Navidad fue cuando tuve 12 años y era una pelota verde. Éramos felices y vuelvo a decirlo, estábamos todos unidos, la familia de mamá era muy grande.

## **HUELLAS**

Un viernes que salí de la escuela muy entusiasmado, como casi todos los fines de semana. Viajamos hacia Calderón muy contentos de llegar donde mis padres y mis hermanos. Al siguiente día me llamó la atención que no estén todos mis tíos, ni mis primos y que Norma no haya ido a jugar conmigo. Se lo pregunté a mamá, pero no me contestó. Luego dejé de hacer preguntas.

No volví a ver a Norma y eso me entristecía mucho, pero no sabía qué hacer. Ya no era lo mismo que antes, me parecía que algo me faltaba. Extrañaba su frágil voz llamándome “Pepeeee, Pepeeee”.

Cuando yo tenía 10 años, durante la Segunda Guerra Mundial, llegaron a Calderón familias de refugiados, que huían de Alemania. Y papá los hospedó ahí con mucho cariño. Eran buenas personas y se adaptaban a nuestras costumbres y tradiciones. Nos gustaba jugar con aquellos niños judíos.

Eso fue por un período de 2 años. De ellos aprendí su lucha y tenacidad por salir adelante, a pesar de las circunstancias por las que habían atravesado. Uno de ellos, empezó a hornear pan y vendía en las panaderías y se abrieron camino de la nada. Tenían bastante éxito y pronto se dieron a conocer y hasta estos días existe su panadería Arenas.

Tengo muchísimos recuerdos buenos con mi mamá, me llevaba bien con ella, era muy buena y generosa. Me sentía querido y respaldado siempre por ella; sólo con su mirada ya la comprendía. Mi papá me enseñaba a cumplir con la gente trabajadora, con sus palabras y con su ejemplo. Los dos eran muy nobles y formaban una pareja llena de amor y sabiduría.

Uno de los tantos tesoros que Dios me ha dado en la vida, a más de mis padres, esposa e hijos; han sido mis hermanos.

**Tere, o Teresita** como muchos la llamaban era la primogénita de papá y mamá. Poseía mucha belleza, y me causaba peleas con tanto admirador que tenía y con quien me daba de puñetazos por llamarme “cuñado”; y cuando fue candidata a reina de Quito, los pretendientes aumentaron. Ella y Norma se llevaban muy bien y siempre andaban con confidencias, hasta se embarazaron al mismo tiempo y cuando Norma salía de la maternidad habiendo dado a luz a mi hija Gina, se encontraron en el ascensor con Tere que estaba entrando en labor de parto.

Yo era el segundo hijo y luego estaba **Polito**, mi compinche y compañero de juegos. Ya he contado ciertas aventuras a su lado. Luego de varios años viajó a los Estados Unidos, donde hizo el servicio militar y conoció al amor de su vida, Elisa, con quien se casó y permanecen en eterna luna de miel hasta el día de hoy.

Luego nació otra nena llamada **Gloria**, como la alabanza a Dios. Su travesura y picardía le salían por los ojos. Era rebelde y guerrera, tanto que una vez me echó un pomo de crema en la cabeza porque le dije que saliera de mi habitación. Pienso que no quería lastimarme sólo romperlo contra la pared para demostrar su ira. Nada más que su puntería fue buena y me llegó en la frente. Empecé a perseguirle por toda la casa y ella gritaba auxilio. Mamá nos retó y papá nos castigó a los dos. Cuando pasaron los años y era una bella señorita, un día nos dijo que se iba al zapatero a arreglar sus zapatos y que no necesitaba chaperón. Mamá encontró la funda con zapatos viejos, tirada entre un arbusto de la vereda de la casa. Así que, mi madre nos dijo que no la esperemos para almorzar ya que no regresará. Más tarde nos enteramos de que se escapó para

casarse. Mis suegros Neptaly e Inesita los ayudaron para que el teniente político los case en Calderón, aunque ella era menor de edad. ¡Qué cosas se hacían en esa época!

Cuánta conmoción hubo en la casa con esta decisión de mi hermana Glorita. Por suerte, su vida matrimonial fue muy buena y tuvo 4 hermosos hijos, una de ellas, Pauli, continúa deleitándonos con su presencia e ingenio una vez a la semana, en las reuniones familiares de las que hablaré luego.

Con mi hermana **Anita**, a pesar de la diferencia de edad, nos llevábamos muy bien. Era líder desde pequeña y se hacía obedecer de todos. Yo admiraba su carácter tenaz y de servicio a los demás. Una noche en que recibimos serenata a las 9 de la noche de parte de una familia vecina. Anita, con sus 10 añitos, se levantó de la cama, se vistió y se fue corriendo a la tienda más cercana a comprar biscochos, canela y algún licor. En casa se puso a preparar un canelazo y lo sirvió muy caliente a la familia visitante, con sus respectivos biscochos. Yo me quedé admirado y agradecido ya que nuestros padres no se encontraban en casa y no habría sabido qué brindar a los visitantes.

Otra de mis hermanas llamada **Mercedes**, en honor a la Virgen María de las Mercedes, a quien por cariño le llamábamos Michita. Era mi consentida, cariñosa y vivaz, que siempre cuando llegaba salía a recibirme, dándome su cabello para que lo oliera y luego se reía cuando yo le decía que olía rico a yerba mojada. Su nombre, a más del de la Virgen, era el mismo que llevaba una hermanita fallecida algunos años atrás y siguiendo esa tradición también falleció Michita varios años más tarde, casi al final de este relato de mi vida.

Además, nacerá otra niña que será la luz de los ojos de mis padres y de sus hermanos mayores, incluyéndome. Su nombre es Flavia, bella, madura e inteligente. Contrajo matrimonio con un ecuatoriano-alemán y se trasladaron a vivir a Suiza, donde trajeron al mundo 4 apuestos hijos. A mamá siempre le hizo falta la presencia de Flavia, especialmente luego de que perdiera a su esposo, mi padre. Mi hermanita le llenaba de cariño, pero ella decidió hacer su vida hasta el día de hoy con sus 4 hijos en Europa.

## **SAN GABRIEL**

El colegio San Gabriel estaba ocupado por los padres jesuitas, quienes fueron traídos en el año 1862, por el entonces presidente de la República Gabriel García Moreno. Era un colegio de gran prestigio y tenía fama de ser muy estricto y su educación era de alta calidad. Mi padre hizo un esfuerzo especialísimo para ponerme en este plantel educativo tan costoso para nuestra familia. Fue por eso que yo tenía que esforzarme más que nadie.

Donde yo vivía, en la calle Montufar en el centro histórico de Quito hasta la calle Benalcázar y Sucre donde estaba ubicado el Colegio San Gabriel, era una gran distancia; pero yo tenía que recorrerla a pie, ya que no tenía vehículo, ni dinero para transporte, era muy pobre.

Mis compañeros tenían una buena posición económica y a veces me sentía mal, pero luego me acostumbré. Casi todos los días me castigaban por no llevar algún libro o por no vestir con el uniforme adecuado. La verdad era que yo no quería importunarle a papá con esas cosas porque sabía que él no tenía dinero para comprarme otro libro u otro uniforme.

Como yo era buen alumno, los compañeros se pegaban a mí para que les explicara algunas lecciones. Me pedían que fuera a sus casas y luego ellos se iban al cine y yo, como no tenía para la entrada, me excusaba y me marchaba a casa, viéndolos cómo se alejaban felices a divertirse.

Un día, un padre salesiano me mandó a llamar y me preguntó si no me agradaría ser sacerdote. Le respondí que no y me dijo que tengo que servir a Dios. Entonces yo le expliqué que me encantaría servir a Dios, pero sin ser sacerdote, que no necesito serlo para servirlo. Me felicitó y me dejó tranquilo.

Aquí en este colegio, aprendí a amar a la Virgen María; siempre mirábamos esa maravillosa imagen suya que tenía una lágrima en cada uno de sus ojos. Ella era nuestra madre, la que siempre intercedía por nosotros ante su hijo Jesús y nos escuchaba cuando más la necesitábamos.

Esta fue la historia de la Virgen. Un 20 de abril del año 1906 en el comedor de mi Colegio, alrededor de 35 estudiantes internos, cenaban y de repente uno de ellos empezó a ver algo extraño en la carita de un cuadro de la Virgen, se acercó y vio perfectamente que sus ojos se

abrían y cerraban. Luego todos lo observaron atónitamente por 15 minutos. Los estudiantes llamaron al prefecto y al inspector del colegio, quienes también fueron testigos de este acontecimiento. Al otro día corrió la voz en Quito y Monseñor López ordenó que se cubra la imagen y no se hable de este suceso hasta que no se compruebe su autenticidad. Luego del peritaje y las indagaciones se comprobó que no pudo darse el hecho por efecto de la luz y que éste no fue efecto de una ilusión sensorial y se emitió el dictamen de verificado y cierto.

Este hecho milagroso cambió mi vida y la de muchos de los estudiantes del Colegio San Gabriel y de todos los colegios jesuitas del Ecuador, ya que todos profesamos una especial devoción a la Virgen de la Dolorosa.

Es por ello que cuando yo me gradué de sexto curso de bachillerato y tenía que dejar el Colegio, pues sencillamente me fui a despedir de mi Madre del Cielo. Me abracé al milagroso cuadro y lloré como cuando uno se despide de su mamá y ella como respuesta me dio un maravilloso regalo.

Cuando yo salía de la capilla, con mis ojos un tanto llorosos, me encontré con la mujer que sería mi esposa. La niña que fue mi compañera de juegos y ahora la hermosa joven que se acercaba a mí. Ella estaba con su mamá Inesita.

- ¿Pepe? - ¿Soy Inés, me recuerdas? Y ella es Normita. –
- Sí claro – balbuceé Es que la vi y todo mi mundo se transformó y esos juegos y travesuras volvieron a llenarme de alegría.
- ¿Cómo estás? - me preguntó Inesita poniéndome una mano en el hombro - Aquí, llorando un poquito. Me acabo de despedir de la Virgen de la Dolorosa. – Pude ver el rostro de Norma muy iluminado con una sonrisa, parece que le gustó mucho mi respuesta.

Luego me alejé a tomar el bus, un poco nervioso y sentía que sus miradas seguían sobre mí.

**CAUTIVADO**

Desde el instante que volví a verla, no podía quitármela de la cabeza e iba a su casa con cualquier pretexto que se me ocurría. A veces me insinuaba, pero ella era muy tímida.

Un día fuimos a las cosechas en Calderón y pensé que era mi oportunidad así que me preparé para declararle mi amor, pero a la final no pude hacerlo. Pero conseguí su aceptación para ir a verla a su casa. Así lo hice y, poco a poco nos fuimos enamorando y Norma me aceptó como novio.

Mi familia y la suya volvieron a comunicarse y eso nos hacía muy felices. Al parecer se terminaron los problemas, los malentendidos y resentimientos. Pensé que la batalla había culminado y nosotros nos sentíamos como Romeo y Julieta.

Yo estaba agradecido con la vida, estaba estudiando Ingeniería Civil en la Universidad Central y tenía como novia a la mujer que amaba. Pasaron los años y nuestra relación se hacía cada vez más fuerte. Como detalle de mi vida como universitario es que empecé a fumar. No hubiera querido hacerlo, pero me envicié y cada vez aumentaba un tabaquito más, así con cariño. Yo seguía estudiando y de pronto conseguí un trabajo que me estaba haciendo ganar mucho dinero, entonces lo primero que se me ocurrió fue dejar de estudiar para seguir obteniendo dinero. Pero Norma con su gran sabiduría lo impidió, aduciendo que tengo que culminar mi carrera y no dejar las cosas a medias. Así que seguí sus consejos y continué con mis estudios hasta obtener el título de ingeniero civil por lo cual agradezco.

Lo que más me gustaba de Norma era su sabiduría, su discreción, su inteligencia, su delicadeza. La veía como la mujer ideal para compartir toda una vida; la veía como la perfecta madre para los que serían mis hijos. Cuando estaba con ella me sentía completo, lleno de paz y felicidad. Ella olía a hogar, olía a honestidad y verdad. Era mi otra mitad y yo no quería perderla. Por ello le pedí matrimonio algunas veces, pero Norma siempre decía que esperemos.

Ya teníamos cinco años de noviazgo y al parecer nuestras familias no estaban muy de acuerdo en que nos casemos. Eso indicaba que los resentimientos no habían desaparecido del todo. Pienso que esa era la razón por la que Norma siempre me decía que esperáramos. Nuevamente los obstáculos por cosas vanas; entonces pensé que podíamos casarnos en silencio. Esa idea a mí me entusiasmaba, pero tenía que convencerle a Norma.

Pensaba y pensaba cómo le convencería de que nos casáramos. Consulté con mi amigo Jaime y él me dio algunas ideas. Enseguida las puse en práctica.

Comencé con una serenata, pero como yo tenía mala voz, le convencí a mi amigo Romo, quien cantaba muy bien, de que me acompañara a darle serenata, con la hermosa canción de Los Panchos “Sin ti”. Pero Norma no salió ni se manifestó.

-Lo siento Pepe, vámonos- Dijo Romo

No, no, intentemos otra vez por favor. – le pedí.

Esta vez la canción elegida fue “Norma Mía”, al estilo de nuestro cantante ecuatoriano Julio Jaramillo. Y, ahora sí salió a la ventana y con la sonrisa en los labios. Su mamá, Inesita, nos hizo pasar a tomar un canelazo y conversamos animadamente. El momento de despedirnos le dije al oído que tenía que hablar con ella a solas, así que nos citamos para la tarde siguiente.

A Norma le encantó el cafetín y la música en vivo. Pedimos dos cafés y dos empanadas de viento. Hablamos de muchas cosas divertidas y otras no tanto, entre ellas el conflicto de las familias, para lo cual yo le expliqué que la única alternativa que había era que nos casemos en silencio, sin que ningún miembro familiar supiera, ni pudiera opinar.

Como Norma y su familia iban a pasar vacaciones en Calderón, se nos ocurrió la idea de casarnos allá. Después de todo el teniente político estaba en deuda con mi papá y con Nepalí, por todo el bien que habían hecho al pueblo.

Escogimos fecha y a la mañana siguiente fuimos a hablar en el Registro Civil. Cual fue nuestra sorpresa al escucharle al teniente político decir:

-Hijita de Don Nepy? No, no, no, eso sí que no. Su papacito no me perdonaría nunca. –

Así que nos fuimos muy decepcionados. Esa noche no podía dormir y pensaba y pensaba y pensaba. Hasta que me decidí. Hablé con Norma. Busqué los documentos que se requerían, más dos testigos. Y nos dirigimos nuevamente al Registro Civil.

- Hemos venido a contraer nupcias Sr. Juez - le dije respetuosamente.

El titubeó unos instantes y luego nos pidió los requisitos, y como todo estaba en regla accedió a casarnos.

¡Por fin lo logramos! Qué raro me sentía yo, pero en mi alma había una gran paz llena de felicidad.

Fue una ceremonia corta pero muy emocionante. A Norma se le humedecieron los ojos. Luego me dijo que estaba muy feliz pero que tenía temor de la reacción que su padre tendría. Nuestra primera acción como esposos fue ponernos al frente y someternos a las consecuencias, aunque sabíamos que ese sería el paso más difícil.

Norma y yo hablamos con Inesita, su mamá, quien recibió la noticia con tranquilidad y, emocionada me dijo que yo sería un hijo más para ella.

Pero en un momento que me descuidé, mi nueva esposa se había tomado dos pastillas para los nervios que le hicieron dormir profundamente. Para esto, ya le habían localizado a Neptaly, que se encontraba en Tulcán por trabajo. Le contaron la noticia y viajó inmediatamente.

Al llegar a la hacienda preguntó por ella directamente; mientras tanto Inesita me mantenía en una habitación alejada, advirtiéndome que no saliera. Toda la familia y la servidumbre estaba tensa y

Norma seguía dormida.

Yo le pedí a Felipe, un muchacho que trabajaba en la hacienda, que me vaya informando de todo lo que iba sucediendo.

- Patroncito, le cuento que Patrón Neptaly entró al cuarto donde estaba la niña Norma y se sentó alado y le llamaba para que se despierte y ella no se movía. Después me pidió a mí que le llame a la Rosa y le traiga agua. Le trajo agua y le levantamos para que tome un sorbito y ahí abrió un poco los ojos, pero le vio al patrón y volvió a cerrar los ojos, creo que volvió a dormirse. Hasta ahí le puedo contar. –
- Gracias Felipe, pero corre otra vez a ver lo que está pasando - Me quedé tan preocupado que los minutos se me alargaron cual si fueran
- horas
- Patroncito, patroncito: cuando llegué le vi al patrón Neptaly que le cogía la mano a la niña y le decía – ¿Hijita, hijita, cierto que se ha casado? –
- ¿Y qué decía Norma? – le pregunté
- Sólo hacía mmmmmmmmm – me contestó Felipe

En eso entró Raúl, hermano de Norma y me dijo que su papá quería hablar conmigo. Confieso que fui con un poco de temor, pero Raúl me dio ánimo exclamando – Buena cuñado-

Cuando entré al dormitorio donde estaban Norma y su padre, me quedé parado en la puerta.

- Entra Pepe – ordenó Neptaly

Vi que Norma abría sus ojos y con ellos quería decirme algo. Yo me iba acercando a ellos con mis ojos fijos en ella y de repente, Neptaly me abrazó.

- Pepe, yo pensaba decirte muchas cosas, pero viendo la realidad de cómo se quieren ustedes, mejor te doy un abrazo y te doy la bienvenida como mi nuevo hijo.
- 

Norma sonrió y siguió durmiendo.

## CONTIGO SÍ

Como Norma y yo, ya éramos esposos, fuimos informando a los familiares de este acontecimiento y mis padres lo tomaron muy bien. La verdad, todo el mundo lo tomó muy bien, y eso nos hacía felices. Mi mamá e Inesita se pusieron de acuerdo para organizar la boda. Yo realmente no intervine, ni opiné mucho que digamos. Creo que ni el traje que me puse lo escogí yo.

El día de la boda todo era mágico y me sentí muy emocionado. Mi novia Norma estaba incomparablemente maravillosa, como todo lo que la rodeaba. La ceremonia era en la iglesia de Santo Domingo, en el centro histórico de Quito, siempre me encantó esta iglesia, pero ese día la vi más hermosa que nunca.

Cuando todo esto sucedió, me refiero al día en que nos casamos, yo cursaba el sexto año de universidad. Era un reto grande, sobre todo porque pronto me tocaría preparar mi tesis. Norma me ayudaba, mecanografiando el texto y con algunas faltas de Ortografía. Eso era muy amable de su parte, sobre todo porque Norma estaba embarazada.

Nos sentíamos muy emocionados con esta espera, lastimosamente la niña nació prematura y no sobrevivió. Fue una dolorosa situación, y nos costó mucho superarla.

Pasó algún tiempo cuando Norma volvió a quedar en estado y, a pesar de los temores, el embarazo llegó a término y nació una bella niña de ojos azulados. Se parecía mucho a mí la pobre niña, pero como bromeaban mis amigos: “hay que tener paciencia que mejorará” Cuando ella nació yo me encontraba durmiendo en un pequeño hostel de la ciudad de Ibarra. Había viajado en la noche para presentarme a mi nuevo empleo en la mañana. Y me presenté, pero para pedir permiso para regresar a Quito a conocer a mi hija, que había nacido.

Estuve tres días con Norma y mi hija. Las dejé instaladas donde mis suegros y viajé con sentimientos encontrados. Un poco emocionado por el nuevo empleo y muy sufrido por dejarlas. Cuando me encontraba camino al trabajo me venían miles de pensamientos. Yo era joven y sin

experiencia y tenía a mi cargo muchísima gente y un proyecto muy importante. Abrir vías para que luego pase por ahí una carretera. Mi equipo era formado por cadeneros, peones y topógrafos.

Emprendimos viaje hacia las montañas todo se divisaba pesado y muy sacrificado. Organizamos el campamento: días y noches en lo mismo.

Luego de pocos meses de trabajo en las montañas me había ganado el derecho de ir y venir hacia Ibarra, la cual se la conoce como “Ciudad Blanca” por poseer casas de ese color, bendecidas al ser reconstruidas luego del terremoto de 1868.

Por esta razón le pedí a Norma que viajara desde Quito para instalarnos allí y poder compartir un poco más de tiempo con ella y Gina.

Así que se vinieron a vivir conmigo a Ibarra,

Como les decía, mi primogénita era muy bonita y llamaba la atención.

Un día que regresaba de mi trabajo, vi una multitud en la calle muy alborotada. Pregunté qué sucedía y me informaron que era una pequeña niña muy bella que estaba sentada en un coche

Me acerqué a ver y era ¡Gina! Me puse a recordar por qué le puse ese nombre, o más bien dicho por quién. Había una hermosa actriz italiana llamada Gina Lollobrigida, que estaba en todo su apogeo para cuando ella nació. Bueno, pero volviendo a la multitud, un empleado que andaba conmigo me preguntó si quería que los desalojara y le dije que no era necesario. Me acerqué al coche, la tomé en mis brazos y la gente empezó a retirarse.

Un año más tarde ya tenía otro hijo, le pusimos el nombre de Paul y como segundo nombre lo llamamos German. También se parece a mí, pero hasta tiene los ojos más grandes que los míos. Era todo un galán.

La vida continuaba tranquila en la ciudad de Ibarra. Mi trabajo estaba acorde a lo que yo había estudiado y para lo cual me preparé. Por supuesto que, al comienzo fue muy difícil, ya que mi carrera exigía salir fuera de la civilización para abrir caminos donde no los hay. Y todo eso que aprendí, merece contarlo en un capítulo aparte.

## **CAMPAMENTOS**

Fue la experiencia más enriquecedora que he tenido. Un trabajo arduo y de gran responsabilidad, pero que me ha enseñado mucho en la vida. He aquí algunas de las anécdotas que recuerdo:

Salimos desde Otavalo a Tablachupa Luego de varios días montaña adentro, teníamos que

caminar y yo no lo hacía muy rápido, así que los cadeneros se adelantaron y yo de repente me di cuenta de que estaba perdido; llegué a una bifurcación en que se dividían varias vías, por un momento decidí ir por la izquierda, luego a la derecha y después caminé un trecho por el centro. Pero recordando consejos de antaño cambié de opinión y volví donde estaba al comienzo. Confiaba en que mi equipo me buscaría y decidí quedarme ahí sentado hasta que me encuentren. Dos horas después, los cadeneros volvieron al ver que yo no aparecía y me encontraron pálido pero sereno; tratando de esconder mi susto. Así que les pedí que nunca más me dejen solo, desde ese momento siempre iba conmigo algún cadenero. Días después enviaron desde Quito un fiscalizador, el Ing. Sánchez, para revisar cómo van las obras; yo estaba tranquilo porque todo iba bien. A pesar de mi juventud era muy responsable con mi trabajo.

Lo atendimos como correspondía, le brindamos amistad y consideración. Una noche, conversábamos todos reunidos, el Ing., mi equipo de trabajo y yo. Disfrutábamos de una comida típica, habas con choclos y el último queso que nos quedaba.

Algunos lugareños empezaron a contar anécdotas sobre culebras en esas zonas. Cada experiencia era más atemorizante que la otra. Entre chicha y chicha nos poníamos nerviosos. En eso el Ing. Sánchez se levantó y salió, supongo que al baño al aire libre. Tenía que pasar por otro cuarto para salir y de repente, se escuchó un grito de terror. Todos fuimos corriendo a ver lo que sucedía. Y cuando entramos escuchamos un balbuceo:

- Tengan cuidado, no se acerquen mucho, una culebra me tiene agarrada la garganta. – Nos quedamos paralizados de pánico, yo por lo menos sentí que un frío helado atravesaba mi cuerpo, al imaginarme semejante cuadro. Un cadenero acercó una lámpara petromax y, oh sorpresa. La culebra era una cuerda que habían colgado de lado a lado para tender la ropa lavada. Qué tal susto y cómo nos reímos del Ing. Sánchez, el cual entre aliviado y avergonzado también reía con nosotros. A la mañana siguiente, a primera hora, emprendió viaje de regreso a Quito.

Seguíamos avanzando y yo extrañaba mucho a Norma y a mi hija Gina, por lo que, a un cadenero muy joven, que tenía 15 años, le veía con el rostro idéntico a ella. Es más, tenía una buena voz e imitaba a Raphael de España, por lo que yo lo llamaba así. En ese silencio oscuro sus canciones retumbaban muy en alto.

Pasaron varios días montaña adentro y cuando soñábamos en regresar porque nuestro contrato estaba por terminar, recibí orden del presidente Velasco Ibarra que sigamos nuestro camino hacia Apuela. Todos protestaron ya que las condiciones no eran propicias para que continuemos con nuestro trabajo, especialmente porque carecíamos de alimentos.

Todo mi equipo se rebeló y decidió regresar, pero yo recordé al famoso Hernando de Magallanes cuando trazó una línea en el suelo y le dijo a su gente “de aquí a allá la fama” Yo les dije, los que pasan esta raya se van conmigo a cumplir con su deber. Yo crucé la raya y les pedí que me siguieran. Pero ninguno me siguió. Yo seguí avanzando hacia las montañas de Apuela y ni

siquiera regresaba a ver. Minutos más tarde me di cuenta de que seguía solo y comencé a sentir temor. ¿Qué me hacía yo sin ayuda, sin alimento, sin tener dónde dormir? Me tocaría regresar con el rabo entre las piernas, como se dice vulgarmente. Decidí caminar unos minutos más y a lo lejos escuché el tintinear de ollas y utensilios de cocina. Había sido Federico, el topógrafo, quien les incentivó a seguirme aduciendo que mi juventud y poca experiencia me hacían cumplir con mi deber. Decidieron no abandonarme porque yo era buena gente.

Ya juntos todos, nos dirigíamos a García Moreno. El trabajo era duro y el hambre no nos dejaba trabajar como se debía; pero seguíamos con empeño. Tres días más tarde ya decidimos regresar. Mi gente tenía mucha hambre y yo me encomendé a Dios. En eso llega uno de los trabajadores y me dice.

- Ing. hace un rato vi una cementera de mellocos y camote
- Pero no podemos comprar, no hay dinero- respondí

Entonces, me explicó, pacientemente, que en este caso como yo trabajaba para el gobierno y que, como no estábamos en la civilización, era como un capitán de barco y tenía derecho a solicitar el alimento que requeríamos.

Así lo hice, y gracias a Dios tuvimos como alimentarnos, pero varios días de lo mismo ya nos tenía hastiados.

En mi equipo de trabajo, había solamente una mujer, Carmela. Y me percaté que sus compañeros masculinos andaban mirándola con otros ojos y hasta había disputas entre ellos. Por lo tanto, le pedí consejo a mi estimado Federico, quien me dijo que también se había dado cuenta de eso y que ya va a observar detenidamente a ver como solucionamos este problema.

Al otro día, temprano en la mañana vino donde mí.

- Ing. ya hice mis indagaciones y hay un ayudante joven, llamado Pedro, que le había regalado a Carmela una imagen de la Virgen de La Merced, y ella le aceptó. Eso quiere decir que se gustan. Y como capitán de barco usted puede decidir casarles y ese matrimonio es válido, hasta que lo legalice en el registro civil.

Yo me quedé pensativo, y con toda la duda me preguntaba. ¿Tendré en verdad yo, el derecho y la potestad de oficializar una boda? Cerré los ojos y me dejé llevar. Llama a Carmela por favor.

Ella vino muy temerosa porque algo le habían mencionado ya. Le pregunté si a ella le gustaba el muchacho y me dijo que sí. Le expliqué también que era peligrosa y conflictiva la situación de ella aquí y que era necesario que se convierta en esposa de Pedro para que la respeten y se terminen los problemas. Al comienzo dudó, pero luego aceptó. Luego mandé a llamar a Pedro. Eso fue más fácil, aceptó en seguida. Pensaría que sólo disfrutaría de la luna de miel y luego se

haría el loco. Con ambas aceptaciones, procedimos.

- Pues, Federico, adelante con la boda, organízcelo todo por favor.

Mientras todos ayudaban en limpieza, decoración con flores naturales, aseo de los novios, banquete de mellocos con camote, etc. Yo me preparaba para oficializar la ceremonia, tratando de recordar las palabras que el sacerdote nos decía cuando Norma y yo nos casamos.

Todos estaban entusiasmados con esta boda, la verdad era un acto fresco dentro de tanto fango.

Comencé así: Por la facultad que me concede el estado ecuatoriano, yo José Antonio Gross Godoy, inicio la ceremonia de matrimonio para que ....

Luego les hice repetir unas palabras “Yo, Pedro Salazar, te recibo a ti Carmela Peña, como mi esposa, etc. Luego se intercambiaron los aros de sigse y pronuncié con mucho orgullo. “Puede besar a la novia”. El grupo de invitados aplaudió muy fuerte. Me fue bien en mi primera oficialización de boda. Luego compartimos el banquete y brindamos por los nuevos esposos. Para esto los trabajadores habían arreglado una habitación matrimonial privada. Todos nos retiramos a descansar pendientes de la luna de miel.

Seguimos nuestro camino hasta llegar a Tablachupa. Ahí buscamos un registro civil para oficializar la boda y que legalmente se encuentren casados. Descansamos un poco en el pueblo y al otro día nos disponíamos a ir a abastecernos de víveres en una camioneta. Cuando estábamos a una cuadra del mercado, una mujer se nos puso delante gritando y pidiendo ayuda. Nos detuvimos y pudimos percatarnos que la señora estaba embarazada y su bebé estaba por nacer. La ayudamos a subir a la camioneta y en eso se le rompió el agua de fuente, o al menos eso nos dijo ella que era. Queríamos llevarle al hospital más cercano, pero en eso ya nos dijo que era tarde y que ese rato el bebé se venía.

Qué desesperación teníamos, entre gritos de la señora y entre Jorge y yo que nos pasábamos la pelota uno a otro.

-Jorge tú tienes hijos y has de haber visto algo-

-No Ing. Nunca me dejaban entrar a la sala de partos-

En las películas yo veía que los doctores les decían “puje señora”, y eso es lo que hice. Por tanto, pujó tanto que casi se nos cae de las manos.

- ¡Hay que cortar el cordón umbilical! - exclamó Jorge Porque no se puede quedar con eso toda la vida, mis guaguas no lo tenían cuando me entregaron.
- ¿Pero cómo hay que cortarle? – pregunté yo

Escuchamos en eso a la madre que le amarremos primero. Jorge se sacó un cordón de su zapato y lo amarró con manos temblorosas.

En esto, la nueva madre se desmayó.

- ¿Qué hacemos? Jorge, despiértale como sea – y le empezó a sacudir

Yo me di cuenta de que el bebé no había llorado y estaba poniéndose morado. Recordé nuevamente las películas. Le tomé de los pies boca abajo y le di una palmada en la nalga y lloró. Lo envolví con mi poncho (siempre cargaba uno por el frío) y para esto ya se había despertado la señora y se lo pasé. Ella lloró de la emoción.

En eso llegaron unas doctoras del centro de salud y nos pidieron que nos retiremos. La llevaron en una ambulancia, no sin antes agradecernos por nuestra labor.

Qué alivio sentimos los dos, es muy fuerte y noble labor la de ser médicos. Nos fuimos a sentarnos en el primer restaurante que apareció y pedimos una cerveza. Yo me puse a pensar que el destino está ya escrito. Por algo suceden las cosas; ya que si yo no hubiera aceptado continuar con mi trabajo y regresaba a la comodidad de mi hogar. Seguramente yo no me encontraba con esa señora y no alcanzábamos a salvarle la vida y a salvar a su bebé. Por eso, Jorge y yo teníamos que encontrarnos en este lugar, en este preciso momento con una mujer en sus últimos minutos y lista para dar a luz a su hijo.

Bueno, con esto, terminé mi labor de trabajo y volví a Ibarra con mi familia a descansar un par de días, y luego me dediqué a trabajos de escritorio.



## EL MAGO

Una mañana en mi oficina, uno de mis compañeros de trabajo me dijo si no sabía de alguien que leyera las cartas. Al parecer una prima suya estaba preocupada porque su hija tenía un problema que afectaría su vida. y solicitaba ayuda para decidir qué hacer. Así que, sin pensarlo dos veces le dije que yo sabía leer las cartas, ya que hace tiempo un hombre, al cual llamábamos “mata perros”, me había enseñado muchísimos trucos con la baraja. Entre ellos adivinar la suerte y hacer ejercicios de telepatía. Al día siguiente me pidieron que vaya a leer las cartas y como no tenía nada mejor que hacer, me senté para esperarla y la vi por la ventana cuando entraba por el callejón de la casa. Ella estaba embarazada, pero se cubrió con un abrigo para que yo no me enterara. Cuando Lucía entró a la sala donde yo la esperaba, se sentó tímidamente. Yo tomé las cartas y le pregunté su nombre, luego le dije:

- En primer lugar, usted no es ni señora ni señorita – para mi sorpresa ella rompió a llorar desconsoladamente. En ese momento me pregunté por qué estoy haciendo esto, pero no me detuve y continué. Era más fuerte que yo. Cuando la joven dejó de llorar me contó parte de su historia, pidiéndome consejos.

- Necesito saber si mi novio es sincero y me ama-

Le hice varias preguntas mientras lanzaba las cartas. Sacándole de mentira a verdad, me explicó que cuando ella le contó a su novio sobre su embarazo, él le pidió que aborte, que abandone su trabajo en Ibarra y se vaya a vivir con él en Latacunga, y que lo haga ya. Pero ella quería estar segura antes de dar ese paso.

Yo, muy serio, le aconsejé que no cometiera semejante desatino, que ese hombre no era responsable, ni sincero y que tenga mucho cuidado. Que siga con su trabajo, viviendo cerca de su familia y tenga su bebé, que si ese hombre la amara no le pidiera hacer cosas que solo le afectan a ella y que a él no le causaban ningún malestar.

- Su novio espera que todo lo solucione usted. Eso no está bien. No se confíe. Para que sean más veraces mis palabras le indicaba barajas con espadas, que representan conflictos Ella me

agradeció muchísimo y se alejó llorando.

A los cinco días me vino a dejar el parte matrimonial que su exnovio le había entregado ya que se casaba con otra. Pero ella había seguido mis consejos y me agradeció con toda el alma.

- Ese hombre sólo quería convertirme en su amante, mientras que se casaba con otra. Usted tenía toda la razón. Con lo que me dijo dudé y por eso no renuncié a mi trabajo, ni dejé a mi familia. A los pocos días recibí el parte, qué dolor he sentido -

Bueno, hice un bien sin querer y, a partir de ese momento, la gente se encargó de darme fama de buen adivino. Así que, varias personas, decidieron que yo les “adivine” la suerte. Y como visitaban mi casa, pues decidí hacerles un show con todas las de la ley. Practicamos con Norma una presentación de telepatía. Ella tenía que aprenderse 10 objetos con ciertas características. Cuando llegaba la gente, yo presentaba a mi esposa como vidente con poderes telepáticos y le vendaba los ojos. En ese instante le pedía que se concentre ya que ella tenía que adivinar los objetos que yo iba tocando. Y cuando ella empezaba a “leer mi mente” y recibía “mis mensajes telepáticos”, la gente se sorprendía y nos llenaba de elogios. Por ejemplo, yo buscaba un hombre que esté vestido con un saco negro y lo tocaba. Yo le preguntaba qué estoy tocando. Ella “se concentraba” y decía “un saco”. Yo le preguntaba de hombre o mujer. Ella me decía de hombre. Y luego yo le preguntaba por el color. Ella fingiendo concentración decía “negro”. Eso lo repetíamos con 10 objetos. A más de la prueba telepática, hacía trucos con maíces que salían de mi boca. Adivinaba si las cartas eran blancas o contenían figuras; y qué carta topó cualquier asistente, sin que yo lo viera; así continuaba con algunos juegos más. Nadie se atrevía a dudar de la veracidad de mis poderes y cada vez nuestra fama se hacía más grande. Me solicitaban, especialmente que les “lea el futuro”, pero eso si no me gustaba mucho hacerlo porque no quería perjudicar a nadie. Nos divertíamos realizando estas actividades, hasta que Norma se embarazó nuevamente. Entonces decidimos concentrarnos en nuestro bebé. Cuando estaba cerca de dar a luz, viajamos a Quito para que estuviera cerca de sus padres, del ginecólogo y de la maternidad donde se le atendería. Como faltaba aproximadamente tres semanas, viajé de regreso a Ibarra por mi trabajo. Allí me puse a pensar que ya con otro crío el dinero no sería suficiente: me negaron un aumento de sueldo y empecé a buscar otras opciones de trabajo.

## **TULCÁN**

Así acepté trabajar en Tulcán, una ciudad fronteriza con Colombia; ubicada en una meseta, a la

que le rodean parcelas y granjas agrícolas llenas de colores, característicos de la zona andina.

Norma estuvo de acuerdo, ella me seguía siempre y se adaptaba a todo. Era mi compañera en todas las circunstancias de la vida, entonces aprovechando que ella se encontraba en Quito, me trasladé a Tulcán, instalándome en un hotel. El trabajo era agradable y acorde a mis conocimientos, con similares características, pero con mejor remuneración. Mi nuevo jefe me dio la bienvenida con mis futuros compañeros y fueron a celebrar a mi hotel, ya que mi jefe tenía que recibir al presidente de la república, José María Velasco Ibarra al siguiente día. Entonces decidieron festejar y entre copa y copa todos cayeron dormidos. El presidente se adelantó y llegó esa noche, pero menos mal que dormía temprano y se retiró a sus aposentos. Pero a la mañana siguiente un poco antes de las 6, golpean a mi puerta. La abro un poco molesto, era el recepcionista del hotel con cara muy asustada.

- Ing. tiene que ayudarnos, el presidente ya está despierto desayunando y quiere salir lo antes posible al reconocimiento de obras. Su jefe, el Sr. Rodríguez, está más para allá que para acá y no abre ni los ojos. Sólo dice que le diga a usted que vaya con él. –

Así que, yo embaucado en un trabajo que todavía ni empezaba y no estaba muy seguro de lo que tenía que hacer. Pero me presenté ante el Dr. Velasco Ibarra y viajé en el auto, a su lado. No pronunciaba palabra y yo me sentía tenso.

Íbamos a las distintas instituciones y escuelas, donde le hacían peticiones y el presidente me decía. – Por favor anote – Yo escribía nervioso, lo que me decía-

Luego fuimos a una escuela donde nos hicieron programas y agasajos. En el momento en que estábamos de pie con el Himno Nacional del Ecuador, sentí que alguien topaba en mi hombro. Era mi nuevo jefe que me llamaba para cambiarnos de puesto. Yo suavemente di unos pasos a un lado y detrás, cediendo mi lugar.

Fue una buena experiencia, ya que tuve el honor de compartir con el presidente del Ecuador, una persona muy respetable e imponente.

Una semana después, me encontraba en el hotel con dos compañeros de oficina, jugando billar y se presentó ante nosotros un hombre muy carismático y nos dijo.

- Mis oídos escuchan como música sus voces quiteñas. Mi nombre es Gustavo Vizcaíno y les pido me permitan compartir con ustedes.

Desde ese momento Gustavo y yo nos convertimos en los mejores amigos. Me llevó a su casa y me presentó a su distinguida esposa. Unos días después Norma me llamó ya que llegó el momento de que tuviera a nuestro hijo. Viajé ansioso y por más que me había dado prisa, alcancé a llegar cuando ya había nacido. Era un guapo varón parecido a mí y lo llamamos Paul.

Qué orgulloso me sentía. Luego viajamos todos de regreso a Tulcán.

Pero allí en esa ciudad nos sucedió una terrible tragedia que preferiría no recordar.

Sólo contaré que mi hija Gina tuvo un accidente y se cayó de la ventana desde el segundo piso y se quedó inconsciente. Fue horrible para todos, especialmente para su madre, quien estaba desolada. Por suerte, despertó sin mayores complicaciones ni efectos graves. Nadie entendía por qué no estaba muerta o con algún hueso roto. Gina contó que una señora vestida de blanco estaba en el suelo colgando ropa y que la miró asustada y ella cayó en unos alambres de ropa. Eso es lo que ella recuerda, pero nosotros no vimos nada. Ni señora de blanco, ni ropa, ni alambres.

Sólo sabemos que eso le amortiguó el golpe y le salvó la vida.

## QUITO

Luego de aquel hecho lamentable, decidimos regresar a Quito. Renuncié a mi trabajo, ya no podía con eso. Pero allí no tenía empleo y me sentía muy mal por eso. No sabía en qué ocupar mi tiempo; así que a veces tomaba el autobús y me iba al centro histórico, hacia la plaza de la independencia y me sentaba ahí en el banco todo el día; a veces caminaba buscando trabajo, sin conseguirlo.

Y me quedé algún tiempo sin empleo, pero así nos la arreglábamos, manteniéndonos con dibujos y chauchas.

Habíamos arrendado un departamento, pero el dueño de casa era violento así que decidimos mudarnos a otro departamento que estaba ubicado sobre un almacén de electrodomésticos. Gina y Paul eran felices con esto porque conocieron por primera vez una televisión y se paraban en la calle a ver por la vidriera los dibujos animados. Luego nos mudamos a la casa de mis suegros, Inesita y Neptaly. Nosotros ocupábamos un dormitorio alfombrado muy grande con baño privado. Raúl y Cecilia vivían en el tercer piso con su hijo Cristian; María y Caty en otra habitación, al igual que Arturo y Nepy. Todos juntos, y también revueltos, menos la segunda hermana de Norma, Elena, llamada Gata, quien estaba casada y vivía en Guayaquil con Marco y

sus hijos Wlady y Marco Antonio. La hora de la comida era de lo más divertida y graciosa; cada pareja con sus hijos y su empleada doméstica.

¡Por fin apareció un empleo! Neptaly había conseguido un contrato de trabajo en Quevedo y me pidió que le colaborara. Así que me trasladé con mi familia una temporada a aquella pequeña ciudad de la costa ecuatoriana. Era muy pacífico allí, pero lo malo es que como tenía un clima lluvioso tropical había muchas culebras, por lo que tuvimos una experiencia desagradable.

Todas las noches Norma acostaba a los niños y les llevaba su vaso de leche. Gina no se la terminaba y dejaba medio vaso en el velador. Al otro día Norma recogía el vaso vacío muy satisfecha de que su hija ya se la esté bebiendo toda. Pero una noche que Norma regresó intempestivamente al cuarto de la niña se quedó aterrada viendo lo que vio. Era una culebra enorme que bajaba del techo cada noche y se tomaba la leche. Mi papá, José Antonio, quien compartía la casa y el trabajo con nosotros, ofreció cien sucres al que mate la culebra. La atraparon en seguida, pero no aguantamos mucho ahí, a pedido de Norma regresamos a Quito.

Con el dinero que gané en este contrato compré el lote que se encontraba junto a la casa de mis suegros, era un progreso en nuestra situación económica.

Luego tuve la suerte de conseguir empleo en el Ministerio de Obras Públicas, fue una bendición.

Me iba muy bien allí, realmente era un ambiente agradable y trabajaba con gusto. Me llegaron a apreciar mucho en mi trabajo y se dio la oportunidad de que viajáramos con un compañero de oficina hacia Madrid para especializarme en mi carrera de ingeniería civil, con los gastos totalmente pagados.

Así que sin mucho pensarlo viajé a Europa donde nos encontramos con el problema de que no estaba pagado el alojamiento. Se nos unió el cielo y la tierra y hasta pensamos en regresar a Ecuador, pero decidimos luchar y seguir adelante. Enviamos oficios a la Embajada de Ecuador y realizamos los respectivos reclamos. Mientras tanto, dormíamos en el consultorio de un dentista que nos lo alquilaba y en la mañana limpiábamos todo deprisa para la atención a los pacientes.

Cuando me encontraba varias semanas en Madrid me llegó la noticia de que mi tercer hijo había nacido. Inmediatamente puse un telegrama “Felicito nacimiento de José Xavier” Palabras que se hicieron famosas y determinaron el nombre que el bebé llevaría.

Mi viaje resultó una hermosa experiencia, y gracias a los estudios recibidos, se me abrieron muchas puertas al volver a mi país.

Mientras tanto, Norma y mis hijos habían estado padeciendo, ya que Gina se encontraba muy enferma con pulmonía y al borde de la muerte. La vi muy delgada y arruinada, había faltado a la

escuela por casi dos meses.

Qué mal me sentía con esta situación; debí haber estado aquí con ellos; pero yo no sabía nada.

Norma no quiso contarme para no truncar mis estudios.

## **PAPÁ**

Mi abuelo Joseph Anton Gross nació en Maguncia, Alemania el 10 de diciembre de 1854. Sus padres, Anton Gross y su madre Anna María Leiendecker habían viajado con sus hermanos Johann y Martin, a Ecuador, por pedido del presidente Dr. Gabriel García Moreno, para instalar el observatorio astronómico que todavía funciona en la Alameda. Luego fundaron con otros científicos y catedráticos la Politécnica Nacional. También fundaron la Cervecería Victoria y una fábrica de Jabones.

Mi abuelo Joseph Anton se casó con Rita Negrete y tuvieron varios hijos: Carmen, Amelia, Anna, Rita, Enriqueta y mi padre José Antonio. Quien se casó con mi madre, Celina Godoy. El la conoció cuando viajaba a caballo en dirección a Tulcán para cruzar la frontera con Colombia donde cursaba sus estudios. La vio en la ventana de una casa y fue amor a primera vista. Se marchó, pero decidido a volver donde ella y conquistarla. Así lo hizo y se enamoraron rápidamente; contrajeron matrimonio y se instalaron en Calderón.

Pasó el tiempo y mis padres instalaron una fábrica de tubos en Santo Domingo de Los Colorados. Cuando mi hija Gina se repuso de su pulmonía, viajamos a verlos y Papá se entretenía mucho con ellos viéndolos jugar con las hormigas que trabajaban arduamente para

llevar las verdes hojas en su espalda. Había temporadas en que Mamá lo acompañaba en la fábrica, pero había otras en que viajaba a Quito para estar con sus hijos y Papá se quedaba solo, en compañía de su cigarrillo. Una de esas ocasiones yo sentí angustia en mi corazón y le insistí a Mamá para que vaya a verlo. Ella, pensativa, dejó todos sus pendientes y viajó a su encuentro. Él estuvo muy enfermo y estaba prohibido de fumar. Pero se sentía mejor ahora en su compañía, sin embargo, sus pulmones quedaron delicados. Mamá fue con él y pasaron momentos muy agradables. Pero, lastimosamente, al otro día falleció mi querido padre, ya que, a pesar de que tenía orden estricta de no fumar, lo había estado haciendo a escondidas. Anita que vivía en la costa fue a verlos y viajaron a Quito con mi papá, ya sin vida. Qué tristeza sentía y qué sentimientos de desesperación me daba cada vez que encendía un cigarrillo; pensando que eso mató a mi padre. Traté de dejarlo a partir de ese fatídico día, pero al igual que mi padre, volvía a fumar. Era más fuerte que yo, y no lo lograba.

Hasta que un día, jugando vóley, todo se me puso negro y me desmayé. El médico me preguntó si yo deseaba seguir viviendo. Lo cual me impactó, recordando a Papá con intensidad. No me sentía con la fuerza para dejar de fumar. Lo intenté y hasta compré dulces para meterme a la boca cada vez que me provocaba fumar, pero todo era en vano. Decidí dejarlo en manos de la Virgen Dolorosa. Y sucedió que cuando fui abuelo por primera vez, y tuve a Michelle en mis brazos, sentí la responsabilidad de vivir. Me encomendé a Papá y me dio fuerzas para dejar ese vicio hasta el día de hoy.

## **EMPRENDIENDO**

Algunos años después terminé de construir la casa en la calle Selva Alegre y nos mudamos rápidamente; ya teníamos comodidad y por fin nuestra casa propia.

A más de eso, como los padres de Norma eran muy buenos y generosos, siempre estaban ayudándonos, pendientes de nosotros y de sus nietos, nuestros hijos. Es por ello que, nos obsequiaron un lote de terreno en Calderón, al igual que a cada uno de mis cuñados y con ese lote yo tuve la buena idea de sembrar claveles.

El problema que existía para realizar este proyecto era la extrema sequía que había en Calderón, por lo tanto, no había agua para regar la plantación de claveles; pero eso no me detuvo. Tuve otra magnífica idea, decidí cavar un pozo de 100 metros de profundidad para obtener agua y, lo logré.

Pero las plantas que yo conseguía eran muy débiles y sus claveles muy pequeños. Entonces, investigando descubrí que en Colombia se daban plantas fuertes que producían claveles dobles; por lo tanto, decidimos viajar por tierra a Colombia; mi cuñada María nos acompañaba. Llegamos a Pasto donde compramos varios centenares de plantas.

Mas al momento de pasar la frontera nos detuvieron, impidiéndonos que ingresemos al país con

plantas extranjeras. La única forma de ingresarlas era que queden detenidas en la Aduana para ser inspeccionadas y yo tendría que pagar altos impuestos para retirarlas de ahí. De lo contrario permanecerían allí hasta que mueran. Yo sólo me encomendé a mi Virgen de la Dolorosa; entonces le enviaron con nosotros a un oficial para que custodie la mercancía. Yo manejaba bien lento, como para no llegar nunca y cuando pasábamos por Calderón simulé que había algún problema en el auto y que estaba recalentando el motor.

Por lo tanto, le dije - Señor policía, ya está muy noche y no quiero arriesgarme a seguir adelante y exponernos a que el auto se quede en media vía. ¿Qué le parece si nos quedamos una horita acá en la hacienda de mi suegro, a cinco minutos de aquí? Hasta eso se enfría el auto, le pongo agua, nos servimos una sopita y continuamos el viaje.

Al comienzo el oficial dudó, pero al pensar en la sopita parece que cambió de opinión, y nos dirigimos a la hacienda.

-Sopita Pepe? – preguntó Norma incrédula, y yo puse cara de ángel. Es que Norma no sabía cocinar, pero fiel a la causa, fue a la cocina a ver qué encontraba. Sólo había papas y una lata de sardina. Llamó a Juliana, quien era la criada de la hacienda, desde niña, ahora ya tenía su familia, esposo, hijos y nietos; todos vivían ahí.

-Por favor consígueme leche y queso y alguien que me ayude pelando las papas

– Ya, enseguida niña Norma –

Mientras tanto, yo disimuladamente, le dije a María que busque a alguien en la hacienda para que localice urgente a mi empleado Rafael, que venga pero que no entre a la casa, sino que me espere en la puerta del jardín.

Yo estaba nervioso y no sabía cómo entretener al oficial. Le pregunté si jugaba 40. Por suerte le había sabido encantar ese juego. Y mientras buscaba los naipes pude ver por la ventana que alguien me hacía señas con un fósforo en la mano. Era mi fiel Rafael. Le entregué los naipes al policía para que barajara y corrí a hablar con mi empleado. Le pedí que recogieran los esquejes de rechazo que teníamos y los cambien con las nuevas plantas dobles, que estaban en la camioneta. Todo en absoluto silencio. Corrió Rafael a buscar a su gente y los esquejes.

Nos pusimos a jugar 40 y le brindé un traguito fuerte, pero me dijo que no puede beber mientras está en operación. Así que yo me pegué los dos de los nervios.

Yo veía que desfilaban las empleadas desde la puerta hasta la cocina, pero no se percibía ningún olor a comida. Así que seguimos jugando. Cuando terminamos la primera partida y yo le dejé zapatero, noté impaciencia en su rostro. Entonces me dirigí a la cocina a ver por qué la demora.

- Mandé a buscar leche, queso, aguacate y ají- explicó Norma
- Y bastante ayuda por lo que veo - le dije riendo. Ya sabía yo que Norma tenía muchos talentos, pero el de la cocina sí que no se le daba.

Continuamos con la revancha, pero ahora sí yo me porte pilas y le dejaba ganar para que estuviera contento. Íbamos 36 a 18 (ganando él por supuesto) cuando Norma nos dijo que la comida estaba servida.

- Terminemos la partida don Pepe – dijo el oficial Paredes

¡Así que le di gusto y me hizo 40!!! La sonrisa que tenía no se la quitaba nadie.

Y el locro que habían preparado, al cual Norma le había agregado la sardina, estaba exquisito.

Terminamos la cena y el oficial Paredes se levantó y dijo que estaba muy agradecido pero que teníamos que irnos ese rato, ya que en la Aduana le estaban esperando. En eso, pude darme cuenta de que, allá afuera todavía había movimiento en mi camioneta; y María me hizo una seña de que todavía no estaban listos.

- Espere un minuto por favor, voy a pedirle a mi empleado que ponga agua en el radiador, ya debe estar frío el auto. – Exclamé desesperado.

El asintió con la cabeza y pidió el baño; para hacer más tiempo le conduje al baño del fondo, que era el más lejano. Mientras yo corría a revisar si la misión estaba en curso o ya había culminado.

Por suerte todo estaba listo y dos hombres se llevaron las plantas. Pero me di cuenta de que había que limpiar todo para no levantar sospechas y se dispusieron a hacerlo, cuando escuché que el oficial se estaba acercando.

-Don Pepe, le estoy esperando-

En eso Norma viene corriendo y lo toma del brazo.

- Disculpe oficial, pero le falta tomarse el tinto-
- Eh, no gracias, estoy satisfecho –
- No, no, no me va a despreciar. Soy experta preparando café. -

Y se lo fue llevando de vuelta al comedor.

Todo en orden, nos fuimos de nuevo hacia Quito. María conversaba animadamente con el oficial durante todo el camino.

Llegamos a la Aduana con la mercancía, y el equipo de trabajo agradeció al oficial por su deber cumplido. En cambio, a mí me explicaron que todas las plantas permanecerían allí hasta que

pague. Puse cara de compungido y me alejé con una sonrisa en los labios.

Realmente llegamos a tener éxito en esta plantación de flores. Tenía claveles de colores rojos, rosados, fucsia, “tangerine”, blancos, jaspeados y amarillos todos muy lindos y dobles; muy apetecidos por los clientes. Los vendíamos muy bien, nos hicimos de clientela fácilmente y Norma se encargaba de ir a entregar las flores a las floristerías o al mercado. Algunas veces la acompañaba Gina y otras veces Paul.

Luego empezamos a exportar las flores a los Estados Unidos. Estuvimos bien durante algún tiempo. Esos claveles eran mi orgullo; pero después el terreno se cansó y para que descansa empecé a sembrar frutillas. Luego sembré nuevamente las flores, pero cayó una plaga; así que tuve que quemarlo todo. Ni modo, tendría que idearme alguna otra cosa.

Otra etapa interesante de mi vida profesional fue cuando entré a laborar como profesor en la Escuela Politécnica del Ejército y en la Politécnica Nacional. Que ya hablaré más adelante. Y mientras trabajaba como maestro de cátedra, me decidí a ser también maestro de obra. Y así, un año más tarde comencé haciendo un proyecto para construir 26 casas.

Era mi primer conjunto habitacional y fue un éxito, todas las casas vendidas sin ningún contratiempo. Nuevamente mi Virgen Dolorosa me ayudaba.

De ahí continué con varios conjuntos más. Todas las casas eran bellas, alegres, luminosas y muy cómodas; las hacía como a mí me gustaría que fuese mi hogar.

## **CLASES**

Mi época de maestro realmente es la que más me ha impactado. El sentir que se puede ayudar, que logro informar y guiar a los jóvenes para que tengan su propia carrera, siendo responsables, con ética, excelencia y amor al trabajo. Que todo lo que saben lo utilicen para el bien, para ayudar a los demás, para sentirse útiles y eduquen su personalidad con talento y valores humanos. Así, mientras yo iba formándolos, me formaba yo también.

La materia que yo impartía era Vías, como parte de su carrera de Ingeniería Civil especializado en la construcción y gerenciamiento de obras viales. Recuerdo con cariño el respeto que me profesaban mis queridos alumnos. Siempre me decían que soy demasiado puntual y para ellos,

era mi único defecto. Mis alumnos eran como parte de mi familia. Siempre me esforzaba por hacer de su vida estudiantil lo más amena posible. Si los veía tristes, empezaba a contarles chistes; si los veía cansados o aburridos, hacía una pausa y les contaba mis anécdotas en los campamentos. Si la materia era árida, los conducía a la práctica. Los llevaba a carreteras y hasta los invitaba a la hacienda de mis suegros en Calderón donde nos servíamos un sabroso “hornado” (cerdo cocinado en leña) o seco de chivo.

Mis estudiantes siempre se sorprendían porque me veían llegar a clases sin ningún cuaderno, libro, apunte, hoja o libro. Todo estaba en mi mente. Lo que sí era infaltable en mis clases era mi cigarrillo; ya que antes se permitía a los profesores fumar, cosa que, afortunadamente se suprimió.

El día que tenía sólo una o dos horas de clase, especialmente cuando estábamos pasando vacaciones en Calderón, le pedía a Norma que me acompañara a clases. Así íbamos conversando en el largo trayecto hasta llegar a la Politécnica. Ella lo hacía con gusto y se quedaba en el auto bordando un mantel con pajaritos o escribiendo en su diario de viajes. Una de esas le escuché a un empleado de la institución que decía “Cómo no tuviera yo la suerte del Ing. Gross de andar en ese auto y con esa esposa alado” Yo me había comprado un Lancia deportivo color dorado cobrizo, que realmente llamaba la atención y mi Norma, igualmente.

Habían pasado algunos años, mi hija Gina cursaba el sexto curso de secundaria y a veces en las fiestas conocía a algún alumno mío. Cuando yo les estaba dando una fecha posible para un examen, cerré mi clase con las siguientes palabras: “¿Entonces quedamos en que el examen con ustedes será el 9 de julio, están de acuerdo?” - Si Ingeniero, lo estamos- “Muy bien entonces...” – En eso me interrumpió una mano levantada y le di la palabra - “Ing., disculpe que le recuerde que usted no puede en esa fecha, porque es el grado de su hija Gina.”. Me quedé sin palabras y balbuceé “bueno, mañana les confirmo”.

Otra situación, que para mí fue gratificante, fue el que mi hijo Paul estudie donde yo impartía clases y fuera mi alumno. Era muy talentoso y me hacía sentir orgulloso.

Unas dos veces trasnochó el día anterior a la clase y a la mañana siguiente le hice pasar al pizarrón a solucionar algún problema nuevo de la lección. Ahí lo veía pataleando al principio, pero terminaba haciéndolo con eficiencia.

Algo que se convirtió en leyenda con respecto a mi persona en las politécnicas fue que en Colecturía comentaban los tesoreros que yo no cobraba los cheques de mi sueldo y les había dicho, que los utilicen para financiar las excursiones y clases demostrativas de mis alumnos. Realmente eso lo hice porque me parecía que, si mis alumnos no palpan en vivo y en directo lo

que han aprendido, les será muy difícil laborar con seguridad en el futuro.

## **MAMÁ**

La abuela de Mamá se llamaba Viviana Molina y, era una mujer muy adinerada y admirada por todos. Estaba casada con Vicente Becerra de procedencia colombiana, quien había venido al Ecuador con dos hermanos a radicarse en Calderón. Mamá siempre contaba que los Becerra eran bastante apuestos.

Cuentan que una visita de mi abuela Viviana al pueblo era un acontecimiento. Salía en un coche con 7 sirvientes, inclusive una que le sostenía la sombrilla.

Con el correr de los años y cuando Mama Viviana ya no existía, Mamá y su hermano Neptaly hicieron donaciones para un lote y construcción de una escuela en Calderón; en honor a ella la llamaron como ella, Escuela Viviana Molina de Becerra. La cual sigue funcionando hasta nuestros días.

Cuando yo era niño me veía en los ojos de Mamá, me sentía muy cercano a ella; al recordarla se me viene esa sensación de protección y amor que sólo una madre puede brindar. Conforme iba creciendo la respetaba más cada día. Me convertí en hombre y padre de familia, pero para ella no dejaba de ser su niño. Cuando íbamos a visitarla siempre nos tenía chulpi, tostado o alguna empanadita de maíz, ya que ella sabía lo que nos gustaba, pero se enojaba si no comíamos todo lo que nos servía. Siempre fue muy ingeniosa, divertida y enojona. Hay muchas anécdotas tuyas que harían reír a más de uno.

En Calderón, le construí una bella casita en un amplio terreno donde ella sembraba árboles de eucalipto, frutales y plantas coloridas. Como vivía cerca de mis hermanos Polo y Michita, siempre estaba rodeada de gente, de sus nietos, sus hijos, su nuera Elisita y su yerno Marcelo.

Luego se trasladó a Quito y se compró un lindo departamento donde vivía con mi hermana Glorita. Allí toda la familia la visitaba y para cada persona ella tenía algo especial que darle. Lastimosamente una noche se habían metido unos hombres a robarles, las habían atado y les gritaban mientras les vendaban los ojos para que nunca los reconozcan. Esa terrible experiencia les dejó muy asustadas y Glorita se fue a vivir en casa de su hija Paulina y, mi sobrino Santiago se mudó allá donde Mamá.

En fin, continuó disfrutando de una vida tranquila hasta que Dios la llamó, pero no se fue sin antes bendecir a cada uno. Todos sus nietos se organizaron para cuidarla por las noches, ya que su agonía era larga. Gina y Paulina, la ayudaron tomándole de la mano y respirando junto a ella en la misma frecuencia, es decir cuando Mamá inhalaba, mi hija también lo hacía, cuando Mamá exhalaba, ella hacía lo mismo. En ese momento le hablaban con voz suave pero firme. Pidiéndole que se vaya tranquila, que no se preocupe absolutamente de nadie de su familia. Que ellas estarían pendientes de todos y los mantendríamos unidos. Se suponía que Mamá estaba inconsciente, pero al oír estas palabras ella asintió, como que entendía y aceptaba lo que ellas le decían. Algunas horas más tarde a las 6 de la mañana del siguiente día falleció mi madre en presencia de mis sobrinos Carol, Henry, Fredy y Santiago.

## VIAJES

Uno de mis hobbies favoritos ha sido y es viajar. Tantos sitios que visitamos con Norma: Argentina, Perú, Bolivia, Colombia, Chile, Brasil, México, Canadá, Estados Unidos, Alemania, España, Portugal, Suiza, Italia, Grecia, Mónaco, Suecia, Turquía, Egipto, Japón, Corea, Dubái, etc. Medio mundo recorrimos, pero sólo voy a relatarles algunos de nuestros viajes y empezaré con uno de los favoritos de Norma:

EGIPTO: mi cuñada Caty nos animó a realizar este viaje con ella y su grupo espiritual. Éramos 150 ecuatorianos, que recorrimos varios templos e hicimos un crucero por el Nilo, en dirección a las pirámides en el Cairo. Cuando me encontraba allí yo sentí algo especial y familiar. El profesor observó mi reacción y se acercó a mí para preguntarme qué sentí. Yo le expliqué y él sonrió asegurándome que yo había sido uno de los constructores de esas pirámides. Yo me quedé maravillado, pues así lo sentía yo también. Ya de regreso en el bote por el Nilo, celebramos el cumpleaños de Norma, bajo la organización del Profesor. Allí confirmó el Profesor que hace muchísimos años yo había sido uno de los ingenieros que construyeron las pirámides y que Norma era una muchacha del pueblo que se enamoró perdidamente de mi persona y me llevaba la comida a mi sitio de trabajo. Fue así como nos enamoramos y luego vivimos juntos. Desde ahí nuestras vidas se han unido una y otra vez de generación en generación. En todas las etapas hemos vivido juntos, y muy enamorados; hasta el día de hoy. Y quién sabe si en las siguientes vidas que nos queden será igual.

GALÁPAGOS: (1965) Tuve la oportunidad de representar a una compañía turística en una de las 13 bellas islas ecuatorianas. Esta es La Isabela, que posee varios volcanes activos. Allí me sentía

como en vacaciones ya que podía disfrutar de la compañía de pingüinos, flamings, lobos marinos, fragatas, piqueros de patas azules, iguanas marinas, y las famosas tortugas gigantes.

Este archipiélago, el más biodiverso del mundo, me enseñó grandes cosas, como a respetar a cada animal que existe sobre la Tierra; sólo mi gusto por la feria taurina me evitaba ser un completo animalista.

Hasta me daba cargo de conciencia pegarme un cigarrillo cuando me deleitaba con la belleza de las playas y los animales exóticos. Me llamaba muchísimo la atención al ver que ellos se sentían confiados cerca del hombre y que todavía no le temían. Bien puesto el nombre que la gente le había dado a estas islas, “paraíso terrenal”, con los colores del mar, las rocas, la arena, el cielo celeste, la comida y la calidad de la gente.

Pero parece que lo arruiné todo ya que, me solicitaron que sea parte de un jurado de belleza y me ordenaron que vote por la que ellos querían. No era mi favorita, pero lo hice, sin protestar. Ella ya sabía que iba a ganar y hasta tenía lista la fiesta de celebración. Todos los jueces asistimos al homenaje y nos atendieron muy bien. Pero lo que me llamaba la atención era que cada media hora me venían a pedir permiso para continuar con la fiesta y yo no sabía por qué lo hacían. Yo les decía que sigan, que no había problema y me agradecían enormemente. Esta situación me intrigaba, pero más tarde comprendí lo que sucedía. Al conceder mi permiso para que continúe la fiesta yo autorizaba que se utilice la planta eléctrica, que funcionaba con gasolina. Por lo tanto, nos quedamos sin luz ya que se terminó la gasolina y al otro día no podíamos continuar con el trabajo. Toda esta situación fue un error y tuve que afrontar las consecuencias.

FLORIDA: (1977) Este capítulo empezó con mucha tristeza ya que Norma tuvo un problema de salud. Se le presentó un coágulo en el ojo debido a un alza de presión arterial y tuvimos que hospitalizarla de emergencia. No veía nada con el ojo izquierdo y los doctores en esta clínica nos aseguraron que no había remedio y que perdería la visión. Por tanto, me contacté con el Instituto Bascom Palmer Eye de Miami, para que los doctores le den una cita y la revisen. Así emprendimos el viaje a Miami.

En el Instituto le examinaron detenidamente y no le encontraron ninguna anomalía. El coágulo se había absorbido y el ojo se encontraba perfectamente sano. Mis hijos habían estado rezando por la salud de su mamá y parece que Dios los escuchó porque se dio el milagro.

Todos estábamos muy, pero muy felices así que decidimos dar un tour por la Florida, bordeando sus costas. Éramos, Norma, Gina, Paul, José X., mi cuñado más joven Nepy con su esposa Fernanda y nuestro sobrino Cristian. Yo me sentía tan feliz al saber que Norma estaba bien, que tomé un mapa de la Florida y les dije a todo el grupo: Nos vamos hasta Boca Ratón, después

veremos qué hacemos. Todos me miraron boquiabiertos y asintieron con la cabeza. Allí en Miami teníamos unos familiares de mi suegra de apellido Becerra, muy amorosos todos; y varios amigos. Así que le propuse a Clarita, una señora de mediana edad que se viniera con nosotros y aceptó de buena gana.

Los 9 emprendimos la aventura, con Paul y Nepy al volante. Pasamos por Hollywood y Pembroke Pines y al llegar a Fort Lauderdale no resistimos la tentación de sumergirnos en esas bellas playas. Nos cambiamos en el auto y nos lanzamos a disfrutar del mar. Luego continuamos hasta el famoso Boca Ratón y nos tocó un hotel no muy bueno sin aire acondicionado y Clarita durmió sentada en una silla con el terno de baño mojado para refrescarse. Llegamos a West Palm Beach y ya pensaba dar la vuelta hacia Miami Beach pero mi hijo José X. me pidió que avancemos a Orlando hasta el mágico Disney World. Accedí y Fernanda desde un teléfono público llamó a reservar un Resort por donde pasaba el monorriel del parque. Disfrutamos de esa maravillosa experiencia con sus juegos increíbles para grandes y chicos. Lo mejor de todo era que yo me sentía feliz de que mi familia esté feliz.

ESPAÑA: (1978) Viajamos hacia Madrid a encontrarnos con mi hija Gina, quien había estado varios meses en Suiza en casa de mi hermana Flavia y de su esposo Norman. Llegamos con Norma y Mónica, hija de mi hermana Gloria. Los cuatro disfrutamos muchísimo recorriendo España, Francia, Austria y Suiza. En nuestro corazón quedó París, cuando fuimos al “Crazy Horse”, un gran show de bailarines y pedimos media botella de vino rojo, que se terminó enseguida. Ya no había más dinero así que ahí quedamos me dije. Cuando de pronto, mi hija y mi sobrina me trajeron una botella de champagne. Grande fue mi sorpresa y les pregunté donde lo habían obtenido.

– En la mesa de alado estaban algunos señores que se levantaron y se fueron dejando una botella de Champagne. Así que la tomamos antes de que venga el mesero. -

Les quedé mirando sin decir palabra. Observé unos minutos la mesa con vasos, copas y platos sucios. Luego llegó el mesero y retiró todo. Entonces en verdad no había problema, así que destapé la botella e hice mi típico brindis

JAPÓN Y COREA: (1981) Fuimos invitados por mi amigo Antonio S., quien viajaba acompañado de su esposa Marlene. Él iba como delegado para recibir un barco que nuestro gobierno había comprado a Japón y cuando llegamos a las instalaciones japonesas en Tokio, tocaron el himno nacional del Ecuador. Fue una primera hermosa impresión. Japón es un país realmente bello que inundó nuestro espíritu. Recorrimos sus templos, pagodas, museos, parques y monumentos. Me llamó especialmente la atención una estatua en Shibuya de un perrito Akita,

llamado Hachico, quien fue todos los días a esperar a su amo fuera de la estación de Shibuya por 9 años, aunque su dueño nunca llegó ya que había fallecido. En honor a esta fidelidad se erigió este monumento.

Ya en Corea, llegó el día de nuestro aniversario y lo celebramos con emoción. Fuimos a un exótico restaurante donde se servían barbacoas coreanas. En el centro de cada mesa estaba incorporada una parrilla para hacer carne y pescado al grill. Nada más que yo soy un poco inútil en estas labores culinarias y Norma fue a mi rescate. Brindamos y charlamos los cuatro alegremente y así celebramos nuestras bodas de plata: 25 años llenos de amor en un país diferente y lejano.

**ALEMANIA:** (1984) Viajamos con Nepy, Fernanda y mi hijo Paul. Hay tantas anécdotas que podría contar, pero no es mi deseo extenderme tanto. Desde antes de salir de Quito, mi suegra nos elaboró unos bolsillos de tela cocidos a nuestra ropa interior, supuestamente para que no nos asalten. Pero en las fronteras, al revisarnos nos miraban con desconfianza.

Llegamos a un pueblo de Alemania y yo sentía mucha sed así que le dije Nepy, Paul vamos a tomar una cerveza hasta que Norma y Fernanda hagan compras. Se les oía a lo lejos que gritaban llenas de entusiasmo desde un almacén a otro:

-Normaaaaaaa qué opinas de este mantel para la mesa? –

Y se escuchaba que Norma le contestaba – Está hermoso Fernanda, ya voy para allá que también quiero -

Luego de unos minutos escuchábamos

– Fernandaaaaaaa te gusta este vestido tirolés para Michelle? –

Y así se pasaban gritando y corrían de una tienda a otra pagando en cada una con un billete de \$100. La verdad es que queríamos cambiar los billetes para tener más chicos, y con ese pretexto aprovecharon haciendo compras. Me cuentan que los propietarios de las tiendas las miraban con desconfianza y se retiraban unos minutos, (creemos que llamaban a la policía). Luego las fuimos a buscar para ir a comer en un restaurante típico. Estábamos deleitándonos con platos exquisitos cuando en eso se comenzó a escuchar sirenas y murmullos. El dueño del restaurante hablaba con los oficiales mientras nos regresaban a ver. Terminamos de comer, pagamos la cuenta y la policía se nos acercó. Siempre se dirigían a mí, pero como yo no sé ni inglés, ni alemán, ni francés, no entendía nada. Entre Norma, Paul, Nepy y Fernanda trataban de contestar a las preguntas. Según entendí nos pedían los pasaportes y como no los teníamos nos escoltaron al

hotel con sirenas y todo. La gente salía a espiarnos por las ventanas y cerraban las puertas. Cuando les entregamos los pasaportes los revisaron de uno en uno. Por radio decían “Negativ” “Ecuadorianer” y como éramos ecuatorianos y no teníamos ningún problema, nos pidieron disculpas y se retiraron. El problema había sido que perseguían a un grupo de italianos que, en ese sector, habían estado pagando con billetes falsificados de \$100 y a más de eso, coincidía que nuestro auto alquilado tenía placa italiana.

Al continuar el viaje, bordeando el Rhin desde Colonia, llegamos a un pueblito de cuento, con calles empedradas y tiendas pequeñas. Nosotros, como siempre, estábamos haciendo alboroto y una señora se nos acercó porque le llamaba mucho la atención escuchar el idioma español. Su padre era peruano y ella se había criado allí, y todavía extrañaba su tierra. Ella estaba segura de que él se alegraría mucho de conversar con nosotros y nos invitaba a tomar una copa de vino. Aceptamos con gusto, entendiendo la situación.

Fuimos caminando a su casa donde había un árbol cargado de cerezas y Nepy y Paul se lanzaron a cogerlas. Y para colmo le ofrecieron al dueño como si fuera de ellos. Qué vergüenza me hicieron pasar. Pero lo bueno es que el señor se emocionó mucho de escucharnos y poder conversar en nuestra lengua. Fue un acontecimiento muy agradable.

. En otro pueblito de Alemania cuando fuimos a un restaurante a almorzar, a Norma le pasaron un plato que ella no quería; le explicaba a la dueña de un restaurante que no podía comer cerdo “oink, oink noooo”. y la dueña le contestaba que no era cerdo sino gallina “co, co, co” y hacía movimiento de alitas. Fue muy divertido Norma es muy ocurrida.

SUIZA: (1985) Llegamos donde mi hermana Flavia, mi cuñado Norman y sus cuatro niños. Salimos a visitar los hermosos lagos y la ciudad de Zúrich. En uno de los restaurantes de la ciudad donde quisimos comer nos dijeron “No Kinder”, que significa No niños. Era la primera vez que escuchaba una cosa tan rara como esa. Aquí aceptaban animales, pero no niños y menos 4. A regañadientes nos permitían un niño por mesa. Así que enojados decidimos ir a otro sitio, pero Paul nos dijo que no era justo. Así que planeamos entrar cada adulto por separado con un niño. Norma fue con Karin; Paul con Christoph, Nepy con Thomas, y yo con Norman Jr. Primero nos sentamos en mesas separadas y ordenamos el menú; cuando nos estaban preparando nos juntamos todos en una sola mesa, para desconcierto de todos. Ellos no conocían de nuestra viveza criolla.

Al otro día fuimos a una hacienda muy peculiar; aquí se podía comprar todos lo que se producía allí. Pero había algo diferente y especial en aquel lugar. Algo que me impresionó favorablemente, algo que nunca había visto, ni me imaginaba que podía suceder. Todos los

productos estaban colocados en cestos, muy limpios y ordenados. En cada uno de ellos estaba el precio marcado por kilo o unidad y una funda junto a ellos. Tú debías tomar lo que requerías comprar y lo colocabas en la funda. Hasta aquí me pareció especial y diferente. Norma, entusiasmada, tomaba todas las deliciosas frutas que se vendía. Pero luego nuestro asombro fue mayor. No había ningún empleado que te vigilara o ayudara. Teníamos que pesar nosotros mismo, los productos. Junto a la balanza había una calculadora para que tú calcules cuánto debías pagar y pongas el dinero en una caja. Si había vuelto lo tomabas y si no, te ibas. Eso nos dejó boquiabiertos.

Suiza es un país por demás civilizado, eternamente bello, limpio y lleno de naturaleza. Es un pequeño tesoro rodeado de Alpes.

ITALIA: (1985) Visitamos a mi sobrina Mónica y a su familia. Ella como siempre tan generosa nos había tenido lista una tabla gigante con 17 tipos de quesos y jamones, con aceitunas, vino y pan a discreción. Otro día nos sirvió unas deliciosas codornices y Fernanda ingenuamente o extrañando su país pensó que eran cuyes; me reí de buena gana.

Cuando salíamos a Roma, los hijos de Mónica, Paolo y Carolina se sentían muy acalorados y su mamá, sin pensarlo dos veces, los bañó en las fuentes de agua de la Fontana de Trevi. Había un grupo de asiáticos que estaban alrededor y se empezaron a juntar para tomarles fotos, al parecer les parecía una cosa digna de llevar en su cámara como recuerdo. Algo que vale la pena mencionar es que Mónica estaba embarazada en aquellos días, pero ella todavía no lo sabía; y me adelanto a contarles que ese bebé que estaba en su vientre, luego de nacer llevaría el nombre de Nino y sería escogido por el Papa Juan Pablo II para alzarlo en brazos y darle su bendición. Y lo que sucedería luego fue increíble. A Mónica, (sobrina mía, al fin y al cabo), se le metió en la cabeza que conseguiría que el Papa lo bautice. Todo el mundo le decía que estaba loca que eso era imposible porque ni León Febres Cordero presidente del Ecuador de ese entonces, pudo lograr que el Papa bautice a su nieto. Pero Mónica, decidida, fue a hablar con el guardia del protocolo, quien le explicó que el Papa sólo bautiza una vez al año, el día 10 de enero, fecha en la que Jesús se bautizó. Nos contó que, para el bautizo, Juan Pablo II escoge a 40 niños de diferentes nacionalidades y para que sean escogidos tenían que escribir una carta al monseñor solicitándolo. ¡Y, el Papa escogió a su hijo Nino!

HAWÁI: (1997) Tatiana, hija de mi cuñada Elena nos invitó a unirnos en este viaje con un grupo de la Cámara Junior. Hawái, cuyas bellas islas nos maravillaron con sus colores, con sus peces que nadaban alrededor nuestro y con las aves que aterrizaban a nuestros pies.

Tatiana y su esposo Alex nos guiaban en los tours y excursiones en Honolulu; pero una vez Alex

se perdió y en lugar de llevarnos a una Luau nos llevó a un outlet ya que no quería reconocer que se había perdido. Adicional a lo especial de este viaje fue que nos acompañaron Gina y su hija Michelle, es decir mi primera nieta. Ella cumplía 15 años y los celebró con nosotros, sus abuelos y junto a su mamá.

EL GRAN CAÑÓN: (2009) Salimos desde Las Vegas con Norma, Michelle y Alejandra, hija de José X. en un auto rentado, conducido por mi nieta Alejandra, quien había recién obtenido la licencia de manejo. Iba yo un poco preocupado por esto, ya que el viaje era muy largo. Almorzamos en un sitio muy bonito y yo me relajé. ya que mis nietas con sus ocurrencias nos hacían reír.

Llegamos al Gran Cañón y nos hospedamos en un hotel. Pasamos la noche y al siguiente día muy temprano en la mañana salimos a conocer el Gran Cañón.

Durante el paseo, yo me cansé porque mis nietas querían estar sólo tomando fotos y decidimos subirnos con Norma a un bus para darles tiempo a que terminen con las sesiones fotográficas.

Seguimos en el bus muy relajados y contentos contemplando los paisajes y la profundidad del cañón. Lo que no sabíamos era que este trayecto del bus era parte de un tour de aproximadamente cuatro horas.

Michelle y Alejandra habían estado desesperadas porque no sabían qué había pasado con nosotros y no tenían idea de donde estábamos. Ellas, llorando, llamaron a Ecuador a ver si alguien se había comunicado con la familia. Luego tratando de imaginarse donde podíamos haber ido se le ocurre a Michelle hablar en las rutas de buses y les pidió que nos identifiquen. Cuando le confirmaron que estábamos en el bus les pidió que no nos dejen bajar en ninguna estación hasta llegar al destino donde ellas nos esperaban.

Nosotros queríamos bajarnos en la estación más cercana y el conductor no nos lo permitía. No nos explicaban que teníamos que bajarnos al final para encontrarnos con nuestras nietas, o al menos no les entendíamos porque yo no hablo inglés. Casi al final del trayecto estábamos muy preocupados y Norma ya lloraba de los nervios. Hasta que, al fin, llegó el bus a su destino y pudimos ver dos figuras con caritas angustiadas que se lanzaron a nuestros brazos.

LAS VEGAS: (2010) Habíamos asistido con Norma al grado de Michelle en Berkeley, donde obtuvo su masterado en Políticas Públicas. Sus abuelos nos sentíamos muy orgullosos de ella; al igual que sus hermanas Jossie y Lisette y, especialmente su mamá Gina. Luego emprendimos viaje a Las Vegas. Donde conocimos y admiramos el lujo de sus hoteles, casinos y restaurantes.

Fuimos a almorzar a uno de esos lujosos restaurantes en el Hotel Caesars Palace y una limonada

era tan costosa que sólo pedimos agua que era gratis. Gina había pedido un té negro y para esto le pasaron un limón en tajadas, entonces a ella se le ocurrió exprimir el limón en su vaso de agua y todos le seguimos y pusimos azúcar y hielo. Al ver los meseros semejante afrenta, abrieron los ojos como platos y nos retiraron las tajadas de limón. Pero de todas maneras tomamos limonada sin costo y fue la mejor bebida gratis que habíamos tomado en Las Vegas.

Los hoteles temáticos me fascinaron como el Excalibur con temática medieval; el Venetian representando a Italia, con góndolas, spa y piscinas; El Bellagio, ecológico de lujo con flores de cristal, laguna, fuentes y hasta un conservatorio y jardín botánico. Hotel Luxor, que tenía como tema las pirámides egipcias. Recorrimos además una calle peatonal muy extensa llamada Fremont de un lujo exuberante donde se puede ver shows y luces en su techo cubierto. Fue un viaje increíble que ha quedado en mi recuerdo.

CRUCERO A MÉXICO: (2011) Maravilloso, fue la boda y luna de miel de mi nieta Jossie con Juan Carlos. Nos organizamos para ir todos en un crucero y compartimos momentos inolvidables. La boda fue en Cozumel y la luna de miel en el bote. Durante todo el crucero nos divertimos, comimos, miramos shows, reímos, bailamos y fuimos testigos de su romántica unión. Las cenas se transformaban en exquisitas reuniones con mi hermano Polo y Elisa; mi cuñada Caty, Elena y su esposo Marco. Asistieron también a la boda, por supuesto su madre Gina, mis nietas Lisette, Michelle y su esposo Matthew. Además, nos acompañaron los padres del novio, Miguel y Susana.

BERKELEY: (2012) Luego de las Vegas y El Gran Cañón decidimos explorar las delicias del dios Baco en los viñedos del valle de Napa, el magnífico pan que sirven en las instalaciones de Google, donde trabajaba Matt. Visitamos las torres y baños modernos en San Francisco y las hermosas vistas del Pacífico Californiano en la península de Monterey. Allí tuvimos el gusto de que se nos uniera Estefanía, segunda hija de José X, quien venía de la Florida, donde estudiaba.

WASHINGTON DC: (2013) Fue un viaje, que recuerdo con mucho cariño. Estuvimos primero de visita donde mi nieta Jossie, que estaba estudiando para obtener el masterado en Políticas Públicas. Allí vivía con su esposo Juan Carlos, quien estaba trabajando en el BID. Fueron de visita también mi hijo José X. con su esposa Alexa y Cristina, la penúltima de mis nietas. Así es, que decidimos ir a las Cataratas del Niágara, para darle gusto a Cris. Para eso rentamos una van para irnos juntos todos. A veces conducía José, o se turnaban entre todos; mientras Norma y yo descansábamos. En una de esas, nos detuvo un policía porque nuestro conductor no se había alejado lo suficiente cuando una patrulla estuvo estacionada en la carretera, como la ley lo ordenaba. José le explicó que no sabíamos que esa ley existía ya que éramos turistas. Nos dejó ir y comenzaron nuestras risas, más del susto que nada.

Nos detuvimos en un pueblito buscando donde almorzar. Encontramos un restaurante mexicano, donde servían unas Margaritas gigantes y José le hizo creer a la mesera que yo era el artista Rod Taylor y se lo creyó. Hasta me tomó fotos y me pidió un autógrafo; eso me divirtió mucho.

Llegamos a las cataratas y había tal cantidad de gente, ya que un acróbata famoso estaba atravesando las cataratas en cuerda floja desde Estados Unidos hasta Canadá. Recuerdo que cuando llegó el joven a la frontera, le pidieron el pasaporte que había llevado en una fundita dentro de un canguro. ¡Qué extraño me pareció!

En la noche nos quedamos en un hotel muy cómodo y al día siguiente emprendimos el regreso. En el camino Jossie nos dio la sorpresa de que había hecho reservas en un restaurante con motivo de celebrar el Día del Padre. La comida estuvo estupenda y el brindis inigualable. Y como detalle particular, Cris tocó una melodía en el piano. Disfruté mucho de este día.

DUBAI: (2014) nunca pensé que conocería la ciudad más grande y costosa de los Emiratos Árabes Unidos. Pero fuimos invitados por mi primera nieta Michelle y su esposo Matthew. Famosa por su lujo, esta ciudad tenía hoteles increíbles y fuimos a una habitación con piscina privada. Mientras Michelle dictaba unas conferencias, nosotros aprovechábamos para conocer y admirar toda su magnificencia. El edificio más alto del mundo, las fuentes de agua, el centro comercial más grande que existe con 1200 tiendas y restaurantes, parque temático, cascada, patinaje sobre hielo, acuario y más. También hicimos una excursión al desierto y Norma se montó en un camello. Ella se sentía muy feliz con esta experiencia. Luego la dejé sola un momento mientras y un gallardo joven se le acercó y le obsequió unas flores. Mientras esto sucedía yo fui lastimado por la espada de una bailarina alocada que escogió bailar conmigo.

MIAMI: (2018) Este es el último viaje que hemos realizado. Viajamos con Raúl y Cecilia a Miami a visitarle a mi hermano Polo y a Elisa. Norma y yo nos hospedamos en un buen hotel, donde nos reunimos con mi hermana Tere y su hija Jenny. En cambio, Raúl y su esposa se hospedaron en la casa de mi hermano. Nuestra sobrina nos llevaba y traía al hotel. Fue muy motivador el hecho de estar juntos los tres hermanos, después de tanto tiempo. Mi hermano Polo conducía muy bien y nos llevaba a pasear varias veces al día. Disfrutamos muchísimo de nuestro viaje, a nuestro ritmo, con nuestros gustos y afinidades. Los seis compinches hacíamos buena liga. En mis recuerdos está ese viaje como vitamina a mi vida.

## **EL CLUB DE LOS MIÉRCOLES**

Ya llegando a la edad en que las canas son lo de menos para detectar tu edad, decidimos con Norma que ya no tenemos tanto tiempo para disfrutar de nuestras familias. Y no me refiero a nuestros hijos, nueras, yerno y nietos, a quienes siempre tenemos cerca, aunque hayan decidido vivir en el exterior. Sino a mis hermanas, mis sobrinas y mis cuñadas. Por tanto, inicié una cadena de invitaciones a nuestra casa, todos los días miércoles. Y se creó “El club de los

Miércoles”

Mi hermana menor, Flavia, que vive en Suiza, estuvo en Quito y la invitamos al club y como era su cumpleaños, mi hija Gina y mis sobrinas Paulina, Liselotte, Analía y Carol le organizaron una fiesta sorpresa con todas las de la ley. Había piñatas, globos, sorpresas, concursos, juegos, bailes, rondas, etc. Todos disfrutamos a lo grande y desde ahí se quedó instaurada la algarabía y diversión para todos los miércoles. Mi sobrina Paulina tiene un ingenio increíble hacía disfraces con papel, con tela o con lo que estaba cerca y nos vestía a todos y cada uno de nosotros. Entre todas organizaban juegos, actividades y bailes. Como todos éramos de la tercera edad, nos costaba trabajo realizar ciertos desafíos, pero teníamos bastante motivación de premios sentido de competencia. Nos reuníamos mis hermanas Anita, Michita y Glorita con sus hijas Carol, Analía y Glorita. Mi hija Gina, mis cuñadas María y Caty. Mi sobrina Liselotte, hija de mi hermano Polo y la cuñada de Norma, Cecilia. También nos colaboraba Carlitos trayéndolas en auto a mis hermanas y luego tocando la guitarra para alegrarnos aún más. Luego de varias reuniones que me llenaban de alegría, se fueron separando las sobrinas, por viaje o trabajo y quedó solamente Gina para el entretenimiento. Nos imprimía a cada uno un panfleto con tareas para desarrollar la memoria y varias actividades, pero sin disfraces ya que era demasiado trabajo para ella sola. Luego vino la pandemia de Covid-19. La enfermedad infecciosa del Corona Virus que azotaba a nuestro país y al mundo entero. A finales del 2019 en el mes de diciembre, Wuhan, China se convirtió en el epicentro de un brote de enfermedad desconocida que no cedía ante ningún tratamiento utilizado. En pocos días los contagios aumentaron no solo en China sino también en diferentes países. Y la gente iba muriendo en gran escala. Por ello la OMS declaró a esta enfermedad COVID-19, como una pandemia. Se dictaron muchas medidas para intentar contenerla como el confinamiento por 90 días, tuvimos que estar aislados en nuestros hogares y debíamos pedir los alimentos por teléfono. Mucha gente falleció y enfermó terriblemente y la gente que sobrevivió se desesperó y la escasez económica los arruinó. Norma y yo también fuimos víctimas de esta enfermedad. Mis hijos y mis nietas se encargaron de contratar un médico que nos atendiera a domicilio, enfermeras que ya tuvieron Covid y hayan desarrollado inmunidad; medicinas, tanques de oxígeno y empleadas. Es decir que transportaron el hospital a nuestra casa, pero salimos de esa enfermedad y nos curamos con el favor de Dios. Por varios meses estuvimos usando mascarillas, manteniendo la distancia, lavándonos las manos y desinfectando todo. Lo peor fue que no podíamos tocarnos, es decir ni un abrazo, ni un apretón de manos ni una conversación cálida como hemos estado acostumbrados en nuestras relaciones familiares. Pero ahí no terminó todo hace alrededor de un año nos volvió a dar el Covid 19; ya más suave y mejor tratado. Nuevamente Dios nos sanó y libró de la enfermedad. Aunque Norma se afectó los pulmones y tuvo que ser ingresada en el hospital.

Cuando toda esta desgracia pandémica se controló nos fuimos reincorporando a nuestras actividades y relaciones sociales. Supimos que mi hermana Michita se encontraba muy enferma con cáncer y a mi hija Gina se le ocurrió reanudar las reuniones del Club de los Miércoles para que ella se sintiera acompañada. Es así como nuevamente se instauró el club y ella disfrutó muchísimo. Ganó premios, comió y bailó, tanto que casi se cae por dar vueltas, pero estaba muy sonreída, sus mejillas rosadas y los ojos brillantes. Esa fue la última vez que mi hermanita vino a nuestra casa. El siguiente miércoles ya no asistió porque se sentía muy mal y los subsiguientes ya cayó enferma y no se levanto de su cama.

En estos días yo tengo problema con mi rodilla derecha y tengo que ayudarme con un bastón ya que, si me levanto del sillón o asiento, me duele tremendamente. No subo gradas y camino poco, pero para verle a mi hermana en su lecho de agonía, subí dos pisos, a pesar de que el dolor era insoportable. Michita me sonrió dulcemente y escuchaba atenta cada una de mis palabras, le di un beso en la frente, la abracé y me despedí.

Luego de aquello ya el Club dejó de ser club y sencillamente cambiamos a un succulento almuerzo con mis hermanas Glorita y Anita y los hermanos de Norma: Raúl y María con sus esposos. Luego se unieron mis cuñados Nepy, Fernanda, Caty y mis amigos Luis y Berthita. Hemos hecho un buen grupo donde platicamos, reímos y recordamos tiempos pasados. Además, mi sobrina Paulina nos tiene bien informados de la actualidad política, aunque hay ratos que estas conversaciones se vuelven discusiones con Gina que la acolita en todo. Luego terminamos bromeando y riendo.

## **AQUÍ Y AHORA**

Sigo trabajando y, aunque todos se sorprenden y me reprochan, no se dan cuenta que esto a mí me motiva. Por supuesto que puedo lograrlo gracias a que mis hijos siempre me colaboran.

Gina viene a casa todos los días, trabaja conmigo y le da cariño y compañía a su mamá, su esposo Eduardo nos acompaña algunas veces y está atento a lo que necesitemos. En fin, nunca estamos solos, Guillermina, que es como de la familia, nos atiende y ayuda en los menesteres de la casa.

Varios de mis nietos se encuentran en el exterior y ya han hecho vida allá, en Estados Unidos, en Canadá y en Holanda. Pero los nietos que permanecen aquí siempre están pendientes de nosotros. Michelle y su esposo Matthew nos visitan con sus mellizos todos los domingos y pasan el día con nosotros. Lisette viene todos los sábados con Agustín y su pequeña Matilda y Christopher, cuando no está en clases, viene con sus papás Paul y Chaby. Paul me ayuda en la construcción, aprobación de planos, etc. Y José me ayuda en todo tipo de acabados.

La compañera de mi existencia, la que siempre estuvo junto a mí, en las buenas y en las malas, la que nunca se enfermaba, ni protestaba; en fin, la que mejoró mi vida con su amor, sus consejos y compañía, ahora padece de una enfermedad que no entiendo. Ella no tiene pasado y el futuro no le inquieta. Ella vive el presente sencillo y simple. Ella sólo quiere estar junto a mí, y a menudo me dice que me ama y que estoy muy guapo. Me repite que soy su “gringuito”. Sus dulces

palabras y preguntas siempre me hacen sonreír y cuando yo le respondo que la adoro, Norma aplaude y baila, pero a veces me besa la mano y yo le reprocho.

Ya me he acostumbrado a que, a ratos no me hable, sólo me mire y sonría. Otras veces me toma de la mano y me acaricia diciendo que estoy caliente. Siempre compartimos algo de comida; a ella le gusta comer de mi plato y se ríe. Cuando nos sentamos a la mesa Norma reza una oración muy larga, considerada un soneto “No me Mueve mi Dios para Quererte” que ella siempre decía que así oraba la Virgen María. La recuerda toda, a pesar de su corta memoria; y cuando termina aplaude o dice YA y se lanza a la fuente de canguil.

En este punto de mi bella vida me pongo a considerar que de mi ser y del amor que nos hemos tenido con Norma vieron la luz muchas personitas. Mis tres hijos me dieron 9 nietos y mis nietos me han dado 8 bisnietos. Las dos últimas bisnietas son dos preciosas nenitas, que nacieron en este 2023: Clara el 27 de marzo y Matilda el 26 de abril. Qué oasis para mi existencia, realmente son una vitamina para mi alma. Dios me ha bendecido muchas veces y sigue bendiciéndome.

Termino aquí, sólo en estas páginas, el relato de mi vida, seguiré luchando, seguiré alcanzando sueños y tejiendo poco a poco el camino hacia mi destino.